

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapices.

ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

LA MODA.

Nuestra publicación va á entrar en el décimo sétimo año de su existencia, y este guarismo, mas que todas las frases pomposas con que pudiéramos recomendarla, aboga por su pasado y justifica las aspiraciones de su porvenir. No se llega á ser el mas antiguo de todos los periódicos literarios de España sin poderosos y grandes elementos de vida, máxime si se considera que LA MODA, nacida en una apartada provincia, sin protectores, sin encomiadores, lejos del centro intelectual de la península, ha tenido que ir ganando paso á paso su terreno, y se ha visto obligada á luchar dia tras dia para destruir esa comun y arraigada prevencion con que el público acoge todas las publicaciones que no salen de las prensas de Madrid.

No nos arredraron estas dificultades, y penetrados de que el prestigio de un periódico de la naturaleza y condiciones del nuestro estriba en mucho en el del nombre de sus colaboradores, hemos conseguido el poder inscribir, al lado del de su fundador y antiguo redactor D. Francisco Flores Arenas, otros tan distinguidos como los de Breton de los Herreros, Ochoa, Goizueeta, Mobellan etc., bien así como los ya ilustres de las Sras. Sinués de Marco, Armiño de Cuesta, Santa Coloma, y otras, gloria del bello sexo español.

Nada dirémos del modo con que hemos cumplido nuestros compromisos respecto al público. Baste apuntar, sin temor de que se nos desmienta, que en este punto

DICIEMBRE.

hemos ido siempre mas allá de las ofertas hechas en nuestros programas.

Las crecientes mejoras que nos proponemos introducir y que tenemos la seguridad de llevar á cabo, hacen insignificante el aumento del precio de suscripción que ahora se fija; cortísimo en sí mismo, y en realidad nominal; puesto que mas de la mitad de aquella vuelve á los suscritores anuales en libros amenos é instructivos, segun la eleccion de cada uno. No puede aquí por tanto caber especulacion de ninguna especie. Este esceso es no mas que una forzosa consecuencia del esceso de valor que tienen los objetos que hayan de distribuirse en el curso del próximo año.

Respecto á las tendencias de nuestra publicación nada tenemos tampoco que decir, porque el público ha tenido ya amplia ocasion de juzgarlas. Moralizar deleitando, ó cuando menos entreteniendo. Tal es y tal ha sido siempre nuestra divisa. Los padres de familia podrán sin recelo alguno permitir á sus hijas una lectura que jamás hará cubrir de rubor sus frentes, y donde nunca hallarán nada que alarme su inocencia. Un periódico dedicado al bello sexo debe ser y será digno en todo del objeto á que se consagra.

Pero aparte del agrado, LA MODA ofrecerá á las damas una utilidad inmediata. Al efecto seguiremos insertando el curioso MANUAL DE SEÑORITAS, que contiene la explicacion de labores propias del sexo, bien así como una serie de patrones, dibujos de toda clase de bordados, y figurines recientes de París.

Confiamos en vista de lo espuesto, y



mas que todo, en vista de los antecedentes de esta publicacion, que el público seguirá honrando con su creciente favor nuestra empresa.

LA MUJER.

ESTUDIOS MORALES,

POR

LA SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

ARTICULO SETIMO.

DIARIO DE MAGDALENA.

No puedo decidirme á cerrar la historia de la señora de G... y de sus hijas sin dar á conocer á mis lectoras un extracto, á lo menos, de los dos manuscritos que contenian las memorias de aquella.

Muy grato me hubiera sido comprar íntegros estos dos preciosos libros que he leído con sumo detenimiento: pero la estension de este trabajo no me lo permite, por mas que, haciéndolo, hubiera satisfecho uno de mis mas fervorosos deseos.

Empezaré, pues, extractando el que comprende desde que Magdalena cumplió siete años, época en la cual concluyó de aprender á escribir, hasta los diez y siete á cuya edad se casó.

Las primeras hojas de este manuscrito estaban llenas de una letra gruesa, incorrecta y desigual: luego iba mejorando y por último llegaba á ser limpia y perfecta, cuya circunstancia probaba los progresos de la niña en la escritura y su estremada aplicacion.

.....
¡Qué deseos tenia de saber escribir! Hoy que los veo realizados siento mas que nunca las horas que he gastado sin hacer nada y que debia haber empleado en estudiar y aprender. Todos los estudios deben ser pesados y fastidiosos; pero se siente una satisfaccion tan consoladora así que se aprende lo que se estudia!.....

Acabo de cumplir siete años: he jugado dos horas en el jardin... digo, no: que me he dormido al pie de un álamo lo menos una y me-

dia; primero corrí, corté flores y perseguí á una gran mariposa hasta alcanzarla. Juan el jardinero me decia que la pasase un alfiler por enmedio del cuerpo y que la pusiera debajo del fanal del reloj, donde permanecería siempre disecada.

Yo no he querido... ¡Ay, Dios mio! me dió tanta lástima! Matar á un pobre animalito que ningun daño me ha hecho! Yo me horrorizo de ver como mi padre, mi hermano, Juan, y hasta mi madre que es tan buena, andan por el jardin sin cuidado de pisar las hormigas... yo no puedo, no puedo pisarlas... si me pisaran á mí, lloraria... ¿Las he de pisar porque las pobrecitas no saben llorar?

Coloqué á la mariposa en un agujero formado en el tronco de una higuera: pero ella empezó á revolotear, y como dejaba allí el colorido de sus alitas la puse en completa libertad, porque me dió pena; despues, no sabiendo qué hacer, me senté, y me dormí.

Yo estoy siempre sola... ¡Dios mio! ¡Qué pena es estar sola! Mi madre cose siempre callada: algunas veces llora... ¿qué tendrá?.....

Yo no se qué escribir hoy. Mi vida es tan igual! Me llaman así que amaneece; me visto, me lavo y me peina la criada; luego almuerzo y me pongo á hacer calceta... ya me cansa hacer calceta; pero mi madre me lo manda y yo no quiero pensar siquiera en que esta labor me incomoda: segun dice mi padre, las buenas niñas callan siempre y obedecen.

¡Qué dichosas son esas niñas de la casa de enfrente! Como son dos hermanitas pueden jugar: tienen muñecas que visten y desnudan, y hermosos pedazos de tela de seda para hacerles vestidos. Su mamá canta y la mia llora porque papá la regaña, diciéndola que me dá mimo. ¿Qué será mimo?

Ellas llaman de *tu* á su papá y á su mamá como si fueran niños como ellos y amiguitos suyos... ¡Qué bueno debe ser llamar de *tu* á sus padres! Pero el mio dice que es un gran pecado. Sin embargo, si yo le tuteara, no le tendria tanto miedo y me atreveria á confiarle todos mis pensamientos.

Hoy he ido á pasar la tarde con mi tia Sor Francisca en el convento de la Encarnacion.

Como soy pequeña, abren la porteria para recibirme y me llevan á la sala de labor.

Yo creo que estas señoras me aman mas que mis padres: ¡me toman en brazos!... ¡me

besan tanto, y me dan tantos dulces y bollos!...

Mi tia me llevó á su celda.

—Sabes rezar, Magdalena? me preguntó.

—Si, señora.

—Vamos, reza un *Padre nuestro* y una *Ave Maria* para que yo te oiga.

Yo comencé el *Padre nuestro*: al llegar á estas palabras, *que estás en los cielos*, una idea repentina me interrumpió.

—Tia, dije; ¿á quién debo tener mas respeto y querer mas? ¿á Dios ó á mis padres?

—A Dios, hija mia; y luego á tus padres.

—Pues entonces, tia, ¿por qué á Dios le llamo de *tu* y á mis padres de *usted*?

—Porque es el uso establecido: yo, sin embargo; no condeno que los hijos llamen de *tu* á sus padres: Dios, que es infinitamente grande, bueno y poderoso, quiere que á él y á su madre le llamemos de *tu*, porque él y sus ángeles han hecho las oraciones que rezamos: ¿por qué hemos de llamar de *usted* á los padres que son su imagen?

—Pues, tia, ¿por qué mis padres no quieren que les hable de *tu*?

—No sé, hija mia, ni te metas tú á investigar los motivos que puedan tener: obedece y calla, que ese es tu deber.

Yo callé y pasé muy bien la tarde hasta la hora en que mi madre fué á buscarme.

No he querido interrogar á mi madre acerca de lo que yo pregunté á mi tia: es tan buena que parece que no tiene otra voluntad que la de mi padre, y nunca piensa en averiguar los motivos de sus órdenes.

Yo, sin embargo, he pensado ya muchas veces en lo que ayer me dijo mi tia: ella, que segun dicen todos es una santa, no encuentra mal hecho que una niña diga de *tu* á sus padres. ¡Cuánto me alegraría yo de poder llamarles así! Parece que se debe decir con mas confianza ¡*Cuánto te quiero, madre!* que no ¡*Cuánto la quiero á usted, madre!*

¿Será acaso por el odio que mi padre tiene á las modas por lo que no quiere que yo deje para él y para mi madre el *usted*? Pero yo creo que tambien hay algunas modas buenas; esta, por ejemplo, que viene á dar á los padres el mismo tratamiento que damos á Dios y á su madre.

Tampoco quiere que diga yo *papá* y *mamá*, como las niñas de enfrente; de eso me consuelo con mas facilidad, porque Jesucristo nunca dijo *mamá* á la Virgen Santísima.

Hoy me ha zurrado mi padre tanto que me

duele mucho la cabeza: mi madre delante de él ha dicho que mi padre tenia razon y me ha reprendido tambien; pero despues se ha quedado sola conmigo y ha llorado y me ha abrazado repetidas veces.

¿Qué querrá decir esto? Si merezco que me castiguen, si mi padre tenia razon ¿por qué me abraza cuando él no está delante?

Si la tenia yo, si el castigo no fué merecido, ¿por qué calló cobardemente dejando que me maltratasen?

Hoy es la vez primera que no me han conmovido las caricias de mi madre.

Mi culpa fué leve, á mi parecer, pero quizas me equivoque yo: tomé sin pedir permiso un libro que leia mi hermano, para ver las estampas.

¡Cuánto tiempo sin escribir nada en mi diario! A la verdad, temo tanto que me vean, que solo, mientras duermen los demás, me atrevo yo á escribir en él, y esto durante muy poco rato; Mariana, nuestra anciana criada, me amenaza con decirlo á mi padre, porque, como está su cama en mi cuarto, dice que la impide dormir la luz que tengo encendida.

¿Serán todas las niñas tan desgraciadas como yo? ¿Las engañarán tanto como á mí? ¡Oh, Dios mio! Yo quisiera saberlo!

No me dejan comer fruta y Juan, el jardinero, que lo sabe, me va siempre detrás cuando bajo al jardin.

Ayer, pues, rogué á Mariana, cuando iba á la compra, que me tragese algunos albaricoques y consintió en darme gusto, aunque de muy mala gana: cuando me los trajo, se me iban los ojos tras ellos. ¡Eran tan frescos y hermosos! Tuve que darla, sin embargo, mas de la mitad, temerosa de que contase á mis padres mi capricho ó de que otro dia se negase á satisfacerle.

Tomé los que me quedaron en mi delantal y me senté para comerlos en una reja muy baja que hay en una salita, situada en el patio, para tomar el fresco.

Ya me restaban solo cuatro albaricoques, y no pudiendo comer mas los iba á guardar para otro dia, cuando oí la voz de una niña que me pedia limosna: mi primer impulso fué darla la fruta que me quedaba; pero pensé en el placer que tendria yo al comerla al dia siguiente y la dije que perdonara por Dios.

La pobrecita se alejó tristemente y yo corrí á guardar mis albaricoques en el fondo de una caja.

Sin embargo, en todo el día estuve tranquila: hoy he ido á buscarlos, no bien me levanté y los he encontrado podridos. Dios me ha castigado por mi falta de caridad! . . .

Al volver mi madre de misa, adonde no he podido acompañarla por estar enferma, ha venido con ella un muchacho pequeño, que traía un gran perro con un cordel al cuello: al verle eché á correr toda asustada, pero mi madre vino tras de mí, me tomó de la mano y me hizo volver junto al muchacho y el perro.

Este se había sentado sobre sus patas y me miraba tristemente con sus grandes ojos amarillos: el pobre animal estaba muy flaco y parecía muerto de fatiga: el muchacho tenía siempre agarrada la cuerda que rodeaba su pescuezo pelado del roce.

—Ven, me dijo mi madre: ven, Magdalena y no tengas miedo: te he traído este perro para que juegues con él y le cuides: esto te distraerá.

—Bien, madre, contesté yo mirando sin cesar al perro con mucho temor.

—Mira, continuó mi madre, este pobrecito animal iba á ser arrojado al río por una turba de muchachos, que se lo encontraron echado sobre un monton de basura: el pobrecito no tiene amo y está aniquilado por el hambre: vamos, hazle una caricia.

Yo me acerqué á él tímidamente y el pobre animal empezó á lamer mis manos: entonces, mas animada, tomé unas tigeras y corté la gruesa cuerda que martirizaba su cuello: el infeliz perro dió un pequeño ahullido de regocijo y siguió acariciándose.

Mi madre dió al muchacho una moneda de plata al mismo tiempo que entraba mi padre.

—¿Por qué das dinero á ese chico? preguntó con muy mal humor.

—He comprado ese perro para Magdalena, contestó mi madre con su inalterable dulzura.

—Bonito es, por vida de tantos! dijo mi padre dando un puntapié al animalito.

—Lo iban á matar y me dió lástima, repuso mi pobre madre confundida.

—No lo irían á matar por bonito ni por bueno; vaya, voy á echarle á la calle; no quiero perros en mi casa.

Mi madre volvió la vista adonde yo estaba: grande aflicción debía pintarse en mi semblante porque, á pesar de su timidez, se aproximó á mi padre y la habló algunas palabras al oído.

Mi padre salió refunfuñando entre dientes...

Hoy he cumplido diez años: me levanté tem-

prano y me fuí á llamar á *Capitan*, (este es el nombre que he puesto al perro) que dormía profundamente en el pajar: despertóse al momento y empezó á saltar en torno mio: todavía conservo las esperanzas de que me le dejen, á pesar del mal recibimiento que le hizo ayer mi padre.

Fuí con él á la orilla del arroyo, y le lavé lo mejor que pude; casi le puse bonito: *Capitan* es casi tan alto como yo, blanco con manchas, amarillas, grandes orejas y un rabo muy largo: su cabeza es enorme y, cuando esté gordo, será un perro colosal: es manso como un cordeiro y siempre me está lamiendo las manos.

Se dejó lavar sin moverse ni chistar; luego le sequé con una balleta y le llevé á la cocina, donde la buena Mariana me dió todo lo que sobró de la cena de anoche, que *Capitan* devoró en un instante. Mariana me aseguró que le iba á poner á cocer para la hora de la comida un puchero grande de patatas, porque me dijo que le causaba pena el verle tan flaco...

Me he puesto muy mala esta tarde: hace ya algunos días que estoy enferma y que no duermo ni tengo gana de comer: á medida que voy creciendo me voy poniendo mas triste.

Ayer y hoy, sin embargo, estoy mas contenta: mi perro me acompaña siempre, me acaricia y me quiere; no doy un paso sin que él me acompañe: me siento y se echa á mis piés: esto consuela la tristeza que ha tanto tiempo me consume sin saber por qué.

Al caer la tarde y estando contemplando los árboles del jardín me desmayé: cuando abrí los ojos, me encontré acostada en mi lecho y al lado de mi madre. *Capitan*, sentado sobre sus patas, me miraba triste y silencioso: por entre las cortinas de la alcoba ví á mi padre y al médico que hablaban junto á un velador donde ardía una vela.

—Esta niña, decía el médico, necesita distracción; por eso aconsejé á su señora madre que la comprase un perro: el perro es el compañero natural de la infancia, y el animal que mas la distrae y mejor se aviene con ella: usted, caballero, debe ser mas indulgente y cariñoso con esa niña: su carácter es de aquellos á los cuales el rigor intimida: la criatura, que nace tan pródigamente dotada de sensibilidad, dulzura y sencillez, no necesita, por fortuna, de trabas ni de severidad.

—Es decir, que quiere usted que la deje hacer cuanto se le antoje?

—Casi me atrevería á asegurar que es lo mejor que pudiera usted hacer: á Magdalena no puede antojársela nada malo.

—No hay duda, pues, que el capricho de tener en casa á ese perrazo es muy conveniente.

—Ella no ha exigido que la trajesen al pobre Capitan: la inocente moria de melancolía y falta de cariño, como una flor sin rocío y sin sol; no obstante, vuelvo á suplicar á usted que no tenga la crueldad de arrebatarla ese fiel compañero de sus juegos.

—Entre usted y su madre van á volverme á mi hija, que no habrá mas que pedir.

El médico no contestó: se acercó á mi cama, me pulsó, recetó una bebida calmante, y despues de besarme en la frente, se marchó.

¡Qué hermoso está Capitan! Corre y salta ya alegremente por el jardin y por el patio: se ha hecho tan grande, que es mayor que la ternerrilla que tenemos en la Torre: (1) está grueso como una bola, y todos le quieren en casa, hasta mi hermano, que antes siempre le estaba dando puntapiés. ¡Cuántas veces me han hecho llorar los ahullidos dolorosos del pobre Capitan! ¡Pero ya nadie le pega! él es feliz, y yo tambien.

Además, estoy mucho mejor, cabalmente desde que puedo correr y jugar con mi perro. ¡Es tan travieso! cuando me ve sentada, viene adonde yo estoy, me coje un pliegue del vestido y empieza á tirar con los dientes, como diciendo: vamos, vamos á correr.

Hoy tenia muy mala gana de coser y resolví decir que estaba mala para que me consintiese mi madre dejar la labor é irme á jugar al jardin: sin embargo, como es la primera vez en toda mi vida que he mentido, me encontraba sumamente embarazada: en fin, me decidí y pedí permiso á mi madre para recoger el cestillo de mi costura.

—¿Qué te duele? me preguntó.

—La cabeza, contesté yo algo confusa.

—Solo?

—Y el estómago tambien; añadí temerosa de que no le pareciese esto suficiente pretesto.

Mi madre, en vez de decirme que me fuese á jugar, me mandó que me acostase, lo que tuve que hacer, á pesar de mi resistencia.

Cuando llegó la hora de comer, me dieron solamente un poco de sopa, que es lo que de peor gana como siempre; pero no me dieron ni pescado, ni arroz con leche, ni un dulce siquiera de los muchos que cabalmente habia hoy para postres.

Dios ha castigado severamente mi mentira, porque además esta tarde ha venido una señora vecina con su niña, que traia una muñeca muy bonita, segun me dijo Mariana, y ni he podido jugar con ella ni participar de los helados y dulces que se han servido en el refresco.

Me he privado de muchas cosas que apetezco de continuo sin poderlas lograr, y además he cometido un pecado y he ofendido á Dios.

¡Ya no volveré á mentir!

¡Qué contenta estoy! He presentado á mi padre una riquísima camisa que le he cosido sin que él lo supiera, y me ha regalado un hermoso vestido de seda, y una piececita de oro de á dos duros.

He ido corriendo á ver á mi madre y á enseñarla mi regalo: Capitan corria como un loco detrás de mí, tirándome del vestido.

—El vestido lo estrenarás el domingo, hija mia, me ha dicho mi madre: y para completar tu atavío, ha añadido abriendo un cajon de su cómoda, aquí tienes un aderezo de coral, que te guardo desde el dia que naciste para dártelo cuando acabes con primor alguna obra de costura.

Y diciendo esto me puso en la mano un pequeño estuche, que contenia unos pendientes, un alfiler para el pecho y dos brazaletes de coral fino engarzado en oro.

Yo besé llorando sus manos: ¡Dios mio! Qué placer! Tener alhajas! Son las primeras que he poseido en toda mi vida.

—¿Quieres decirme ahora lo que piensas hacer con esa moneda de oro? me preguntó mi madre: si lo deseas te compraré con ella un abanico.

—Como usted quiera, madre mia, contesté yo, bajando los ojos algo confusa.

—¿Pero tenias tú otra intencion?

—Habia pensado pedir á V. permiso para emplear la mitad, es decir, veinte reales, en comprar un collar dorado para Capitan, y para dar el resto al pobre tio Mateo, el tullido.

—Ah! ¡Qué buena eres, Magdalena mia! dijo mi madre abrazándome: esta misma tarde iremos las dos á comprar el collar y á dar los veinte reales restantes al tio Mateo.

(Aquí hay muchas hojas llenas de algunos detalles tan parecidos á los que ya se conocen, de la existencia de Magdalena, que me parece inútil repetirlos: su vida siguió deslizándose uniforme y monótona, hasta los ca-

* (1) Torres, casas de campo de Aragon.

torce años, época en que vuelvo á empezar á estractar su diario.)

¡Qué dulce al corazon es rezar! Siempre he orado yo con suma alegría; pero desde hace algun tiempo, necesito mas de los consuelos que la oracion me proporciona.

Tengo catorce años y poco mas de un mes: ya se cuanto debo para que mi madre viva descansada, pudiendo desempeñar á su satisfaccion todos los cuidados de la casa.

Voy á escribir mi vida de hoy, para acordarme perfectamente de ella, si acaso algun dia llevo otra.

Me levanto al amanecer y, con la ayuda de Mariana, barro y limpio mi cuartito, en el cual duerme esta tambien: luego, limpio yo sola la sala de labor: despues entro á dar los buenos dias á mis padres, y me peino para ir á misa con Mariana: por cierto, que no me puedo peinar sola porque mi cabello es tan largo!... Todo se me enreda; pero no tengo quien me peine y no hay mas remedio que resignarme á ello.

En cuanto vuelvo de la iglesia, almuerzo y me pongo á coser hasta las dos que como: cuando me levanto de la mesa voy á las *Cuarenta horas* con mi madre: á la vuelta tomo de nuevo la labor hasta las nueve de la noche que cenamos y cada uno se va á su cuarto á dormir.

Cuando entro en el mio y, mientras Mariana y la otra criada despachan sus quehaceres, escribo un poco en mi diario, el dia que tengo alguna cosa que poner en él; pero mi vida es tan igual, que algunos dias no se que escribir y no lo saco del cajon donde le guardo con el mayor cuidado para que no sepa mi madre que le tengo.

Luego me arrodillo ante un crucifijo que hay en mi alcoba, y rezo durante largo rato: la oracion me hace mayor bien cada dia y me consuela de todos los dolores que sufro.

Cuando Mariana entra y me vé rezando se desnuda callandito para no distraerme y se duerme antes de que yo haya concluido; pero apaga la luz y me deja á oscuras. ¡Es tan egoista! Sin embargo, mientras rezo no tengo miedo.

Mi pobre Capitan me quiere mas cada dia y yo le pago del mismo modo.

Ayer estaba Mariana vistiéndose para salir y empecé á hacerle burla por su vestido negro, tan antiquísimo que parece un embudo, y por lo estafalarío de su peinado. Ella se acer-

có á mí con rabia y me pegó un fuerte bofetón.

—Ahora, me dijo, vaya usted á quejarse á sus padres: el señor le dará sobre mi bofetón media docena mas por insolente, y la señora que es un nadie en casa, no se atreverá á castigarme por no descubrir el descaro de usted á su esposo.

En medio del llanto y de la indignacion que me sofocaban, conocí que Mariana tenia razon, y para no dar á mi padre un disgusto y á ella el placer de que mi padre me castigase, no tuve mas remedio que callar y devorar mi afrenta.

Además, por una tontería mia, me he conquistado en Mariana un enemigo implacable.

Ah! Hoy me he convencido de que todos los seres, hasta el mas ínfimo, merecen consideracion, y de que si le faltamos á ella, nos esponemos á que nos falten á su vez al respeto que nos deben, y nos insulten por añadidura.

Hoy he pasado todo el dia sin comer, y encerrada en un cuarto que está lleno de ratones y de arañas. Mi padre no quiere que le limpien, para que pase yo mucho miedo cuando me encierren en él: hoy he creído que el terror iba á matarme... ¡Cómo corrian los ratones!

Me encerraron porque, al oír los gemidos de Capitan, le abrí el pajar para que corriese un poco por el jardin. Mariana habia aplanchado anoche y puso la ropa en unas sillas colocadas al sol junto á la puerta de entrada; el pobre Capitan, ignorante del mal que hacia, se subió á una de las sillas, y se acostó sobre las camisolas de mi hermano, ensuciándolas todas y rompiendo dos con sus grandes patas.

Como el pobre es viejo, le gusta mas dormir cómodamente, que correr.

Yo pagué su travesura; pero estoy muy contenta de haberle evitado el castigo; sin embargo, hoy me zumban las sienes y estoy mala, sin duda de no haber comido ayer en todo el dia.

Hace cuatro dias que no he escrito en mi diario, porque he pedido permiso á mis padres para cuidar á la hija del tio Mateo, el tullido, que está muy enferma, y he pasado en su casita cuanto tiempo me ha sido posible: la pobre Juana está muy mala: ya la he llevado con la autorizacion de mi madre, algunas camisas mias usadas y sábanas para la cama.

¡Pobre Juana! Era tan bonita y ahora está tan desfigurada! Nació un dia despues que yo, y sin embargo, yo la llevo medio palmo de alta: las miserias y las privaciones no la han dejado crecer.

...
 ¡Qué lindas jóvenes se han hecho las niñas de la casa de enfrente! Ayer, cuando salieron á paseo con su madre, se me iban los ojos detrás de ellas: llevaban vestidos de muselina blanca con cintas azules y sombreritos de paja, guarnecidos de cintas del mismo color.

Yo soy tan alta ó mas que ellas y, no obstante, no llevo mas que un vestido de alepin negro en invierno y en verano: ya no llevo sombrero y me han hecho una mantilla grande de casco de raso, como la de mi madre.

Ya no puedo ponerme el aderezo de coral que me regaló mi madre: desde que me se rompió el vestido de seda, con el cual le estrené; no he tenido otro que le diga bien. ¡Qué lastima! Y es tan lindo el aderezo!.. Pero tendré paciencia, como me aconseja mi tia sor Francisca.

...
 ¡Juana ha muerto! Dios mio! Cuánto he sufrido al verla agonizar! Ni mis cuidados, ni mi desvelo, ni los cuantiosos socorros de mi madre, han podido salvarla! Mi corazon ha quedado desgarrado cruelmente!.....

¡Pobre, pobre Juana!

...
 Dos meses hace que no he abierto mi diario: la muerte de Juana me ha sumido en un estupor doloroso. ¡La queria yo tanto! Ella y Capitan eran los únicos seres que se interesaban por mí. Juana me traia todos los dias un ramo de flores del huerto que cuidaba su padre; pasaba hablando conmigo dos ó tres horas, y me contaba cuentos: ella arreglaba los domingos mis cabellos, con un gusto y un cuidado esquisitos, del mismo modo que si yo hubiera de haber ido á lucirlos á un baile ó al paseo.

¡Ya solo me queda Capitan.

...
 Ya tengo diez y seis años y medio: mi tristeza crece cada dia: solo estoy contenta cuando bajo al jardin y puedo sentarme á contemplar la puesta del sol ó á mirar la luna por la noche: el cielo atrae mi alma, como si yo fuera una hija suya que hubiese caido á la tierra y anhelase recobrar.

Capitan se puso ayer malo: yo lo conocí en su nariz seca y ardiente y en sus tristes ojos: mi madre, conmovida al verme llorar, y aprovechando la usencia de mi padre y de mi hermano, mandó llamar á un albeitar; este le recetó una bebida que Capitan no quiso probar...

...
 Acabo de ver á Capitan; sigue peor y no levanta la cabeza, al acercarme á él, sin embargo, ha abierto sus grandes ojos, me ha mirado fijamente y luego ha lamido mis manos...

...
 He velado toda la noche á mi pobre perro que está acostado en mi cuarto; mas para que Mariana se callase, he tenido que regalarla un pañuelo de seda.

A cada instante humedecía la nariz de Capitan con agua fria: el pobre animal me lo agradecía lamiendo mis manos: á pesar de estar acostado sobre dos mantas y de estar arropado con otra muy grande y gruesa tiritaba sin cesar.

...
 ¡Ya ha muerto mi pobre perro... Está tendido á mis piés frio é inmóvil!... No puedo escribir mas.

...
 He estado enferma, muy enferma: la muerte de mi pobre y querido perro, de ese ser tan cariñoso para mí, me causó el mas hondo dolor que he sentido en mi vida.

Hoy he ido por la primera vez á misa con mi madre: un jóven, vecino nuestro, que acaba de llegar de Madrid, estaba apoyado en una columna de la iglesia y nos saludó con aire dulce y melancólico: muy desfigurada debo estar, porque no ha separado los ojos de mí...

...
 Segun me ha dicho hoy mi padre, nuestro vecino ha pedido mi mano, que le han otorgado sin consultarme, y dentro de un mes me caso.

Me alegra el casarme? No lo sé. Me entristece? Igualmente lo ignoro.

...
 Hoy he cumplido diez y siete años y dentro de tres dias me caso: ya he visto tres veces al que va á ser mi esposo, pero siempre delante de mis padres: parece bueno y cariñoso y se llama Raimundo. Ya deseo que llegue la hora de verle. Dios me conceda la gracia de hacerle dichoso!

...
 Oh, pobre Capitan! Si vivieses te vendrias conmigo y con Raimundo y serias feliz! Cuánto te amariamos los dos! Raimundo es tan bueno, tan complaciente, tan amante! Desde que le amo, mi corazon late con mas libertad, y

una alegría, que jamás había conocido, ha penetrado en mi alma. Pobre y querido Capitán! Solo tú me faltas para que yo sea enteramente dichosa!

Hoy he ido á paseo con mi madre y con Raimundo; á pesar de que solo llevaba mi pobre vestido de alepin negro, me ha dicho que estaba linda. Despues me preguntó:—¿Querrás, Magdalena mia, que elija yo mañana el vestido que has de llevar al volver de la iglesia para recibir á nuestros amigos?— Yo le he contestado que sí, y él me ha besado la mano con ternura.

Qué feliz he sido paseando con él! Como yo, ama las flores y el canto de las aves: ama, en fin, cuanto amo yo!

Dentro de diez minutos salimos para la iglesia. Cierro este diario para comenzar mañana otro. Este está terminado.

¡Dios mio, concédeme la gracia de que pueda hacer la felicidad de mi bueno y querido Raimundo!

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

LA PLUMA.

¿Qué tienes esta noche, pluma mia,
Que haces en vez de letras garabatos?
¿Por qué estás hoy en escribir tardía
Si fuiste dócil siempre á mis mandatos?
Mas ya sé la razon de tu porfía;
Es que somos los hombres muy ingratos,
Es que yo soy contigo indiferente
Y á tí te quiero blanda y complaciente.

Tú me has visto llegar desaforado
Sentarme en esta silla pobre y vieja,
El tintero mover de uno á otro lado,
Rascarme ya la frente, ya la oreja,
Y parir despues coplas inspirado
Como pare conejos la coneja;
Pero no has visto nunca que me lance
Para tí á componer un mal romance.

Es un feo delito, es una mancha
Que empañará lo blanco de mis ojos,
Si es que no muestras tú la manga ancha
Y me absuelves, calmando tus enojos:
Hora es ya que te tomes la revancha,
Hoy abro de mi númen los cerrojos,
Y hablaré en tu favor con tal parola
Que vas de puro gusto á escribir sola.

Feliz y oculta en el revuelto mazo
Yacías antes en lujosa tienda,
Temiendo que llegara el triste plazo
De dar la despedida á tu vivienda;

Al fin el dueño sobre tí su brazo
Tendió una tarde al revisar su hacienda,
Y tú, cual un conspirador cogido,
Eslamaste furiosa: ¡"Me han vendido!"

Sí, te vendieron y ¡por cuatro ochavos!
Lo cual no debió nunca entristecerte:
Tambien en Navidad se venden pavos
Y los condenan sin razon á muerte;
Y se venden tambien hombres, esclavos,
Que acaso envidian tu llorada suerte,
Y lo que es mas aun, se vende todo
En este mundo de miseria y lodo.

Yo, pluma, te compré: yo del risueño
Y cómodo bazar en que dormías
Sacarte quise con tenaz empeño
Y traerte á sufrir mil averías;
Perdiste en el local, perdiste en dueño,
Y perdiste en placeres y alegrías,
Pues has venido por tu suerte zurda
A habitar un rincon de una zahurda.

Y no viniste á reposar tranquila
Si no á un continuo y áspero trabajo,
Porque apenas entraste, hecho un Atila
Te dí una puñalada, te dí un tajo;
Luego te bauticé en la negra pila
Y negra te quedaste por debajo:
Mas tu hermosura y tu virtud abona
La rizada y blanquísima corona.

Y desde entonces sin motivo presa
Gimes en soledad bajo mi techo,
Sobresaliendo en la intrincada mesa
O hallando entre algodones dulce lecho
Hasta que en el papel grabas apriesa
Los secretos que robas á mi pecho;
Y yo te auxilio y te conduzco ufano
Como una tierna niña, de la mano.

Y aquí los dos nos entendemos solos
Y nos reimos de la innoble facha
De este mundo ruin, juego de bolos,
Que cada cual á su placer despacha;
Yo escribiendo así en verso protocolos
Cumpló con mi mision de poca lacha,
Tú con la tuya cumples, ignorante
De que ejereces mision muy importante.

Que si no te doy yo importancia suma
Por ser un poetilla volandero,
Te la hiciera crecer como la espuma
La mano de un Virgilio ó de un Homero:
Mas vale el cañon débil de una pluma
Que el terrible cañon del artillero:
Arde en este la ruda violencia
Pero brilla en aquel la inteligencia.

Sin Homero los héroes troyanos
Hubiesen con su Troya perecido:
Los generales griegos y romanos
Por Tácito y Cornelio se han lucido,
Las luchas entre moros y cristianos
El Romancero las robó al olvido,
Probando que una pluma bien cortada
Vale mas que mil cortes de una espada.

Si la espada sujeta las naciones,
La pluma las gobierna y las dirige:
Si la espada las libra de ladrones,

La pluma sus costumbres les corrige:
Si la espada conquista mas regiones,
La pluma borra el mal que las aflige;
Si la espada, en fin, venga sus agravios,
Les dá la pluma su plantel de sabios.

¿Quién no debe á la pluma un beneficio?
¿Quién su necesidad rebaja ó niega?
Todos la necesitan en su oficio,
El bien que ella produce á todos llega:
La tiene el poderoso á su servicio
Por contar los millones que entalega,
Y la tiene tambien la gente pobre
Para firmar recibos... cuando cobre.

No trato de encubrir, porque lo veo,
Que es á veces un arma peligrosa
En las manos de un juez, que coge un reo
Y lo manda guardar bajo una losa:
O en las de algun escriba ó fariseo
Que sin cesar nuestro bolsillo acosa:
O en las de un gobernante mameluco
Que todo lo trabuca sin trabuco.

Pero ¿cuánto la pluma no se adora
Si el juez salva al que llega á su banquillo;
O el escribano el pleito nos mejora
Sin que sufra sangrías el bolsillo;
O el gobernante oyendo á quien le implora
Escribe este periodo tan sencillo:
"Vengo en nombrar á Don Fulano Tal
Con veinte mil reales oficial?"

La pluma disminuye la distancia
Y atrae lo insensible á nuestra vista:
Ella nos cuenta lo que ocurre en Francia,
Y hasta á los chinos les buscó la pista;
Da al Comercio con *letras* la abundancia,
Revela mil arcanos al artista.
Y hace que cada pueblo en su destino
Comunique sus luces al vecino.

Y la pluma nos dá tantos favores
Que hablan sordos y mudos desde lejos;
Manda el hijo á los padres sus clamores,
Y á los nietos la abuela sus consejos;
El marido refiere sus temores,
Contesta la mujer que no hay cortejos;
Y hace la pluma así con estas artes
Que el hombre esté, cual Dios, en todas partes.

Y aunque sea quizá pluma de ganso
¿No vale para el jóven un tesoro
Si la niña que sigue sin descanso
Con ella le responde: "Yo te adoro"?
Y la moza que á un tibio vuelve manso,
Aunque sea quizá judío ó moro,
Si con cartas de amor luego la abruma
¿No echará bendiciones á su pluma?

De un matrimonio la formal promesa
Broma fuera no mas, si no quedara
Por una pluma en el papel impresa
Para luego poder echarlo en cara;
Los tratos en que el hombre se interesa
Se cumplen sin andar con sable ó vara
Porque la pluma nos conserva fijo
Lo que otro quidam prometió y nos dijo.

Ya ves, ¡oh pluma! las preciosas dotes
DICIEMBRE.

Que resplandecen en tu ilustre clase.
Desde *Perico*, aquel de los *Palotes*,
Apenas hay quien sin la pluma pase:
Los que no gastan pluma son muy zotes:
Y ninguno á dudarlo se propase
Si no quiere tener una reyerta
Con el memorialista de mi puerta.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

UN PASEO AL DESIERTO.

APUNTES DE UN DIARIO.

Era una hermosa tarde de Otoño: el sol proyectaba sus oblicuos rayos sobre las inmensas moles de cuarzo y granito que circundan el pueblo de Zurita y un viento agradable y fresco oreaba nuestras frentes húmedas de sudor.

Zurita, antigua poblacion árabe, conserva aun restos de sus murallas. Torreones medio derruidos, ramblas, bastiones y parapetos, cuya construccion data de la época de la dominacion de Oriente, presenta por dó quier vestigios y fundamentos á la consideracion de tiempos harto difíciles y gloriosos para nuestra patria. Situada al pié de una colina, sus edificios de un color aplomado, la cobijan bajo un ancho manto de pizarra y de entre la confusa red de sus estrechas pendientes y tortuosas calles se eleva la augusta iglesia, cuya acerada torre de ojivas, ventanas y calados botareles se perfila en un diáfano horizonte. Las cinco y media marcaba el reló de la villa cuando saliamos por su puerta mayor. El campo, aunque sin suelo fructífero, presenta un aspecto siempre risueño y agradable: inmensas filas de olivo que forman vistosas labores y algunas miserables vides, es lo único que se mira en el pequeño valle que circuyen á manera de anfiteatro altas colinas de piedra y cuarzo y en las que se mecen elevados pinos de singular altura. Una hora tardamos en llegar á la cima del cerro de S. Antonio y apenas visitamos la humilde capilla dedicada al Santo Patron de Zurita, nuestros guias nos hicieron poner de nuevo en camino. En la confluencia de Castilla y Aragon presenta este valle así como sus naturales una estraña mezcla de las producciones y costumbres de ambas provincias.

El sol principiaba á declinar cuando atravesamos el monte. Carrascas y encinas seculares, chopos, pinos y algunas acacias blancas enmarañaban con sus vástagos la estrecha y difícil senda, único medio de comunicacion con el molino.—Llegamos.—

El Tajo desde la altura del monte parece



una ancha sábana, tendida sobre el rico esmalte del suelo ó un espejo de plata. Sus aguas tranquilas rielan al leve soplo de un aura tibia y embalsamada con la fragancia del tomillo, cantueso y ojigantos: se descende de unos 60 piés de elevacion por una escabrosa vereda, en la que vale mas al caminante fiarse á la práctica de las caballerías del pais, que esponerse á caer despadazados por las agudas puntas de las rocas á un rio de gran profundidad, y ahogarse entre juncos y algas. Una barca mece su débil casco en estas aguas, y sirve al viajero para ganar la opuesta orilla: un chico de diez ó doce años la conduce, y á la escasa fuerza de su brazo se confia la vida y seguridad del que pasa....

¡Qué gran golpe de vista!!

Ese rio, que desde la cúspide del último cerro hemos visto tan limpio, tan tranquilo, deslizándose en una corriente fina y voluptuosa cual la sonrisa de una cortesana, ora, y á poca distancia, ruje embravecido como un leon y sus aguas se despeñan con horrisono estruendo por siete cascadas de mas de 15 piés de altura, formando una ancha y vistosa faja de blanquísima espuma. Aquí, ante un espectáculo tan bello y tan imponente, huye la alegría del rostro, y solo un sentimiento de admiracion se dibuja en nuestra preocupada frente. A la derecha, una inmensa cordillera de granito limita el horizonte; al frente, un recodo del rio en su confluencia con el Guadiela, cuyas rojas aguas bebe el Tajo; mas lejos la misma cordillera; á la izquierda otra serie dilatada de cerros, brazos de los pinales de Cuenca, moles de yeso y granito y en cuyas blanquecinas ó aplomadas canteras crecen y se balancean al empuje de los aquilones como fugitivos fantasmas, delgados y altísimos pinos, cuyas puntiagudas copas se envuelven entre la blanca bruma del rio. Todo presenta un aspecto salvaje y sombrío, pero cuya imponente magnificencia pesaba sobre nuestra frente como una plancha de plomo.

Acabábamos de pisar una estrecha vereda distante por algunos sitios solo una vara del Tajo, que merced á la gran cantidad de agua que lleva apenas señala su corriente, y entramos en una pequeña dehesa llena dó quier de pinos y acacias, cuando uno de nuestros guías dijo:—Señores, apretemos el paso que aquella nube trae agua;—y señalaba en el horizonte un punto apenas perceptible: hicimoslo así y á pocos instantes cruzábamos un pequeño vestíbulo anterior al convento, donde dejamos nuestros caballos. Esta galería, enlosada y sostenida por arcos góticos de yeso y ladrillo, contenia por único adorno y en ambos

lados un ancho y ennegrecido poyo ó banco de yeso con respaldos de pino blanco, y en sus paredes se leian en gruesos caractéres sentencias filosóficas y morales en malas redondillas, pero cuyo lúgubre sentido inclinaba ciertamente el ánimo á melancólicas al par que sublimes meditaciones. Sin embargo, el cáncer del siglo, la inmoralidad habian señalado tambien su paso en estos sitios. Mezcladas, confundidas con nuestras verdades católicas impuras inscripciones, ostentaban su abominacion, profanando nuestros mas adorables misterios. Apartamos la vista de estos letreros por un sentimiento instintivo de horror y seguimos adelante.

Medio cuarto de legua de este vestíbulo se halla el convento. El trayecto que le separa de la galería que hemos reseñado, se halla cubierto de un finísimo césped: limoneros, naranjos; y algunos plátanos mezclan dó quiera sus variados frutos y nísperos y melocotoneros abundan, esparciendo tambien sus producciones. Nada falta para regalar los sentidos. Fuentes y arroyos cuyas riquísimas linfas transparentan el claro azul de los cielos, y reverdecen el húmedo manto que alfombra la tierra; frutos ricos y variados; aromas y brillantes flores que embalsaman el aura que entibia y humedece el fecundante sol y el claro álveo que á sus plantas corre y una vegetacion rica y fecunda despliega por todas partes sus magníficas galas.... Pero ah! todo esto tan bello, tan rico, tan variado, no basta á separar de la mente un pensamiento, que la oscurece como una negra nube....

„Real Desierto de Bolarque.“

Hé aquí el lema que se lee en el frontis del vestíbulo ó galería que hemos reseñado y cuya significacion harto precisa, envuelve un sentimiento de indefinible melancolía. A unos trescientos pasos de la galería se encuentra el convento, modesto al par que sublime santuario, consagrado á la piedad de hombres que con un valor heroico abandonan las vanas grandezas y efímeros placeres de un siglo corrompido, para en la soledad y el ascetismo implorar del Eterno el perdon de sus hermanos. —¡Santa y noble mision la de estos seres! Implorar el perdon del Eterno para esa humanidad epiléptica que se arrastra en las borrascosas olas de las pasiones, fluctuando á merced del fantasma de su preocupacion, interponiendo en santo holocausto su oracion y su penitencia, es tarea digna de respetuosa veneracion.

Este aislado convento medio derruido por la mano del tiempo y la del hombre, aun sostiene su pálido esqueleto, remedo de lo que un

tiempo fuera.—En el piso bajo está la hospedería, la portería y las habitaciones de los legos.—Pacios anchos y bellamente enlosados, caballerías, pajaros y otros destinados á efectos de limpieza, demuestran la inteligente distribucion del edificio, al par que la satisfaccion de ciertas necesidades de orden inherentes á la vida monástica.—El piso principal lo forman cuatro cláustros, embaldosados y sostenidos por arcos góticos de yeso y casi cubiertas sus paredes por salmos de David ó sentencias de San Pablo, de Fray Luis de Leon y algunas profecías.—Hay unas 60 celdas perfectamente ventiladas.—El refectorio, la biblioteca, la sala de juntas y otras habitaciones, hoy completamente desnudas, nada tienen que llame la atencion.—Las penitenciarías ó correccionales producen curiosidad, únicamente por lo demasiado severos que parece debieran ser en sus castigos los Monjes del Desierto.—Luego aparece la capilla con su coro y el empolvado órgano, que aun se conserva. Los altares derruidos y medio rotos, nos ofrecen dolorosos recuerdos; la vista de aquella nave, en que otro tiempo se postraron tantos ilustres varones, herida hoy por la planta del viajero indiferente, hace brotar en el corazon un tierno sentimiento de melancolía que nos apura, y rodar una lágrima de nuestras cansadas pupilas, á la reflexion de tantas vicisitudes como han sobrevivido á estas venerables ruinas en las entrañas de nuestras cultas sociedades católicas. Raro contraste de tiempos... Un dia, estas entreabiertas bóvedas hoy desiertas, crujian bajo la planta de miles de hombres que de todas partes y de todos estados y condiciones llegaban á implorar hospitalidad de los humildes cenobitas que lo habitaban ó á confundir sus acentos con los de aquellos justos en el augusto templo del Redentor..... Un dia en esa desierta nave se agrupaba la muchedumbre mezclando sus cánticos con los cánticos de los Monjes y armonías del órgano, y tan divinos acentos se elevaban al Criador envueltos en olas de purísimo incienso... las campanas tañian, y el recojimiento y la meditacion, el brillo de las luces y las armonías de la oracion se confundian, se enlazaban, envolviendo el alma en una nube de amor santo ó suspendiendo el sentimiento con la influencia de tan augusta ceremonia.

Oh! nada ennoblece y eleva tanto al hombre como la Religion.

Esa palabra santa, fuente de toda sociedad, presta benéficos consuelos en las tribulaciones mundanas á los ímismos que solo la recuerdan en los arriesgos de la vida.—La Religion cristiana con su unción evangélica, su inefable

dulzura y sus severas y augustas formas brillaba esplendorosa un tiempo en este asilo, hoy mudo y desierto esqueleto de tanta magnificencia. Pero hasta este mismo silencio es grande é imponente. El silencio de los siglos dominando el espacio nos aterra, y un eco, una pisada semeja en la santa bóveda un quejido de dolor, el ¡ay! de la eternidad. El aire poco enrarecido es húmedo y hiela nuestras sienes: un frio glacial se introduce poco á poco hasta los huesos y un olor fétido y repugnante nos hace abandonar el santuario. En su pavimento de losas resuenan nuestros pasos, cuyo eco se pierde en la estension y ora se tropieza con un cráneo humano, ora con un hueso cualquiera que sobresale de las entreabiertas sepulturas y cuyo espectáculo nos inspira un terror involuntario.

Inmediato á la capilla y por una pequeña escalera de caracol se descende al jardin ó huerto del Monasterio: corta estension de terreno y en la que crece la yerba por dó quier, invadiendo el césped la manzanilla, y los íridos las antiguas vereditas que señalaban los cuadros. Rosales finísimos y de Alejandría, de los llamados de miniatura, blancos, y de un color de fuego hermoso, crecen en desiguales ramas y por entre zarzas y verdes espinos: bellas y fragantes azucenas ostentan sus elevados tallos junto algunos vástagos de vid ó secas raices de acacia, y rojos y abigarrados claveles alzan su brillante corola entre elásticas enredaderas que los circundan y encadenan.

Por dó quiera se mira el triste sello del tiempo y el olvido. En las venerables ruinas del santuario y en los silenciosos claustros del convento, el ojo del historiador y del filósofo descubre la profunda huella de una época harito borrascosa, en que las turbulentas pasiones que destrozaron largos años el corazon de nuestra hermosa patria, han impreso su anatema de destruccion....

El sol principiaba á ocultarse en el horizonte. Sus postreros rayos tendian un magnífico barniz sobre pequeñas nubes, que como rojas y flotantes gasas lucian desenvolviendo fantásticas figuras, y una línea de fuego coronaba la cima de los montes.

El sol llegó á su ocaso.

Un viento húmedo y fuerte azotaba de continuo los árboles y las rocas; las aguas del rio hervian sordamente y nuestros caballos relinchaban sacudiendo sus crines. Todo anunciaba una gran tormenta.—El cielo quedó completamente cubierto por oscuros y densos nubarrones, y de lontananza se percibía ese

ligero rumor sordo y prolongado que presagia siempre la tempestad.

Sin embargo de esto, aun nos detuvimos á examinar los últimos fragmentos, digámoslo así, de aquella obra de una civilizacion atrasada. Esparcidas en el monte y á no muy larga distancia del convento, aparecen hasta treinta y tres celdas destinadas un tiempo á la mas severa austeridad, á la penitencia; sus enebles y ennegrecidas paredes desafian á los huracanes que baten sus débiles cimientos, y el carcomido pavimento de madera que cubre el suelo se deshace en polvos y astillas á la ligera presion de nuestro paso. En el testero frente á la puerta un Crucifijo y una calavera groseramente pintados, son los únicos adornos de este retiro: al pié de ellos un tosco tablado de madera ha servido á los austeros penitentes de lecho y de descanso.

Abandonamos estos sitios bajo la triste impresion de los recuerdos de un tiempo frecuente en estravíos. La horrible lucha sostenida largos años en el corazon de España por los sectarios de una nueva era, de una reforma social que se anunciaba envuelta entre el humo de la pólvora y el estampido del cañon, y los defensores de las viejas instituciones enclavadas en el corazon de los pueblos por la creencia y la tradicion, mostraba su fatídico sello en estos monumentos, que simbolizando una ilustracion anterior, habian sido destruidos por los inciertos destellos de otra ilustracion apenas señalada. ¡Fragmentos vivos de nuestra historia! ¡Mudas pero elocuentes protestas de una generacion que fué contra ese espíritu innovador de destruccion, que aspirando á mejorar la condicion del hombre, aniquila lo existente legando al porvenir las grandes reformas que ofrece el desarrollo progresivo y sorprendente de la civilizacion del siglo....

Gruesas gotas de agua se desprendian de las pardas nubes y de tiempo en tiempo un tornasolado relámpago iluminaba el espacio. El trueno retumbaba entre las rocas, y el eco prolongaba un rujido, rodando por inmensos horizontes.

—«A caballo»—gritaron nuestros guias; y poco despues el choque de las herraduras sobre las piedras, y el ruido de los truenos, y el fulgor de los relámpagos y el silbido del huracan que agitaba las hirvientes olas del rio, mezclados, confundidos, envueltos en negro torbellino, tendian sobre nuestra frente un espeso velo de ansiedad y confusion. La tormenta arreciaba; las bes despedian torrentes de agua cuando llegamos al molino.

¡Qué espectáculo!

Al choque del huracan las paredes del mo-

lino rechinaban con violencia, el agua batia sus cimientos y la luz brillante de los relámpagos semejava una lumbrera eléctrica al refractar sus rayos sobre la blanquísima espuma de las cascadas!...

Hora y media nos detuvimos en el molino al abrigo de la tempestad. Cuando nos pusimos en marcha y atravesamos el rio en una barca, nuestros caballos calados de agua y acobardados por la tempestad se negaban á andar: echamos pié á tierra y los conducimos por la brida hasta la entrada del monte; pero la estrecha y difícil senda que guiaba al pueblo habia desaparecido á nuestros ojos por el agua, y aun al instinto de nuestros caballos que desgraciadamente tampoco pertenecian al pais. Marchábamos á la casualidad: ora huyendo de un precipicio, ora separando las ramas que obstruian nuestra direccion.... El agua rodaba por aquellas canteras despeñándose con ignota furia y el rio que veíamos á favor de algun relámpago, dibujaba tranquilamente en sus ondas los fenómenos de la electricidad.

Una hora despues el cielo se habia despejado; la tempestad habia desaparecido y la luna vertia sus melancólicos reflejos sobre el pueblo de Zurita, bañando suave y tranquilamente aquellos mejestuosos muros, páginas gloriosas de nuestra antigua historia.

El lecho nos brindaba al descanso; pero yo vivamente impresionado por las emociones de la tarde no pude conciliar el sueño y trasladé al papel en breves instantes la pálida reseña que os presento.

FELIX TALEGON DE SANTIAGO.

LETRILLA.

A MI QUERIDO AMIGO D. JUSTO CANALES.

Justo me dice
que hay en su pueblo
hombres muy sabios
y muy modestos;
viejas que viven
sin dar consejos
y nunca ensalzan
sus buenos tiempos;
y unas mocitas
de estado honesto
que no desean
estado nuevo.
—¿Lo dice Justo?
Pues no lo creo.

Tambien sostiene
con mucho empeño
que es mozo limpio
su cocinero,

y si una vela
le aplica el sebo,
lava sus manos
en un barreño;
y si importuno
le pica el pelo,
jamás de peine
le sirve el dedo.
—¿Lo dice Justo?
Pues no lo creo.

Él mismo afirma
con juramento
que es este siglo
peor que el sexto;
que antes no usaban
doctores memos,
escribas-gatos,
y jueces-perros;
ni al pez mas flaco
comia el grueso,
ni se mataban
por el dinero.
—¿Lo dice Justo?
Pues no lo creo.

Él es el guapo
que dá por cierto
que no es la dicha
para los necios;
que no hay beatas
que van al templo
para dormirse
al son del rezo;
ni hay palomitas
de bajo vuelo
que arrullan tiernas
por los paseos.
—¿Lo dice Justo?
Pues no lo creo.

Aunque se sabe
que los cocheros
son mas zoquetes
que sus jamelgos,
él asegura
que no son tercios,
que desconocen
los atropellos;
y al ver los cojos
se quedan quietos,
y no galopan
si hay gente en medio.
—¿Lo dice Justo?
Pues no lo creo.

Tambien es Justo
quien va corriendo
noticias frescas
del extranjero:
"Paris se ha alzado
contra el gobierno,
y hay cada tiro
que canta el credo;
Londres se encuentra
todo revuelto,
y andan al *trompis*
mozos y viejos;
y hasta en la Rusia
¡Jesus, qué miedo!

hay un horrible
pronunciamento."
—¿Lo dice Justo?
Pues no lo creo.

VICTORIANO MARTINEZ Y MULLER.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

1.

LA RESIDENCIA DE CHATEAU-FORT.

"En la Habana no hay pueblo,
No hay mas que amos y esclavos."

América! hija del sol, tierra bendita, paraíso
donde las hadas se balancean muellemente en
sus hamacas de espuma y de coral prendidas
en la cima de las palmeras, yo te saludo!

Yo te saludo, la de las selvas vírgenes, la de
los rios encantados, la de las verdes colinas co-
ronadas de plátanos y de cocoteros! Tu cielo
azul brillante aparece sembrado "de un polvo
menudísimo de oro" (1), tus pájaros de una
belleza ideal reflejan en sus plumas todos los
colores del iris; tus flores son deslumbrantes y
perfumadas como los primeros ensueños de
amor; tus hijas dulces como el jugo de la ca-
ña, languidecen soñando amores, arrulladas
por el ruido de las olas que se estienden pere-
zosamente por la dorada playa, acariciadas
por las suaves ondulaciones de un abanico de
plumas.

América! hija del sol, paraíso donde las ha-
das se balancean muellemente en sus hamacas
de espuma y de coral prendidas en la cima de
las palmeras, yo te saludo!

Vosotros, los que habeis tenido la dicha de
nacer en las venturosas playas del Océano ¿no
habeis sentido alguna vez á orillas del mar un
deseo ardiente de atravesar aquellas olas para
abrazar á vuestros hermanos, que en la opues-
ta ribera entonan sus cánticos tradicionales
confundidos con los romances españoles de la
edad media importados por sus conquistado-
res? ¿No habeis creído alguna vez que un es-
píritu invisible traía hasta vosotros en cada

(1) C. de Merlin.



oleada los aromas y las armonías de aquella tierra de bendición? América! hija del sol, paraíso donde las hadas se balancean muellemente en sus hamacas de espuma y de coral prendidas en la cima de las palmeras, bendita seas!

En uno de los pintorescos valles de la Isla de Cuba, entre S. Carlos de Matanzas y Sta. Cruz y al pie de la pintoresca aldea de Puerto Escondido, se levantaba hace algunos años el renombrado ingenio de Chateau-Fort, cuyos productos se vendían en los mercados de la Habana á mas alto precio que los de los demás pueblecitos circunvecinos.

Mr. de Chateau-Fort, francés aclimatado hacia ya muchos años en las cercanías de la Habana y que á fuerzas de intrigas y privaciones habia logrado reunir un capital mas que mediano, era un hombre de unos cincuenta años, alto, seco, hipocondríaco, cruel con sus esclavos, á los que hacia pagar bien caros los malos ratos que le causaba su enfermedad del hígado, y que no tenia mas voluntad que el capricho de su hija única Silvina de Chateau-Fort, preciosa criatura de quince años, en la que como suele decirse vulgarmente, tenia puestos los ojos.

El ingenio de Chateau-Fort, era en verdad una bellísima residencia, en la que las hadas habian fabricado un nido delicioso para la encantadora hija del dulce far-niente, para la dulce y perezosa Silvina de Chateau-Fort.

El blanco cercado que rodeaba toda aquella vasta posesion, y que ya á primera vista revelaba un dueño poderoso, no dejaba sin embargo adivinar que detrás de aquellos árboles frondosos, cuyas copas salían por encima de las tapias, existiese una morada tan encantadora, un *boudoir* tan oriental como el que habia levantado para su hija el antiguo cocinero del prosaico, pero concurrido figon de la *Flor de Nieve*.

Rodeada de talleres, de bosquecillos cortados por pequeños canales y de casitas bajas pintarragadas y colocadas en hileras como las calles de un alegre pueblecito, levantábase la casa habitacion del propietario, coronada en su parte superior por una bellísima galería, cuyas ventanas cubiertas de persianas verdes, daban vista á la peregrina costa de Puerto Escondido, que se desplegaba á corta distancia con sus cabañas indias y sus poéticas piraguas, amarradas á las estacas de la playa.

En esta suntuosa galería, en la que Chateau-Fort habia colocado grandes espejos dorados, inmensos cuadros al óleo de tintas fuertes y exajerado claro-oscuro, estaba el mirador y la

frívola y numerosa biblioteca, francesa en su mayor parte, que el propietario foliaba en sus momentos de fastidio.

El piso principal, que era donde habitaba Chateau-Fort, aunque lleno de lujosas comodidades, no ofrecia por todas partes mas que bufetes, arcas de hierro con numerosas llaves, anchas butacas, refinamientos de escritorio y un elegante armario de caoba que encerraba todos los códigos de comercio, los registros y los libros de partida doble.

En una gran alcoba, única en aquel inmenso salon, se veía la cama del propietario con sus colchones de tafetan y sus cortinas de muselina con lazos carmesí. A la cabecera destacábase sombrío y amenazador el gran fusil, sobre el que colgaba una provista canana y un gran cuchillo de monte con el mango incrustado de piedras preciosas, y para mayor seguridad, todos los balcones del piso principal estaban defendidos por grandes rejas de hierro dorado.

Aunque al parecer tranquilo respecto á sus negros, Chateau-Fort abrigaba en su corazón ese miedo mortal, esa alarma incesante del que sabe que se estralimita en el ejercicio de sus poderes, esa pesadilla eterna del plantador que le hace palidecer y temblar al menor ruido, y que corroe su opulencia con la idea terrible de que la venganza le acecha á todas horas, y que solo puede entregarse al sueño con la mano apoyada en el gatillo de su fusil.

Por eso á pesar de sus armas, á pesar de sus rejas y de sus austeros capataces, que conservaban entre los esclavos la mas severa disciplina, Chateau-Fort habia hecho construir detrás de su alcoba un caramanchon, en el que velaba toda la noche un mulato de su confianza, gigante de seis piés de altura, corpulento como un atleta y ágil como el chacal, que con su cuchillo entre los dientes atravesaba en cada salto una distancia de diez y doce pasos. Ascanio, que así se llamaba el mulato, dormia profundamente durante el dia, se levantaba al anochecer, cerraba por sí mismo todas las puertas, echaba todos los cerrojos, y cuando el plantador cerraba por fin los párpados entregándose á un sueño turbado siempre por espantosas visiones, Ascanio recorría cada diez minutos la alcoba, lo escudriñaba todo con sus ojos de lince, y al menor ruido, al mas ligero rumor del viento, se ponía en guardia al pie de la cama con sus pistolas montadas y su cuchillo de monte entre los dientes.

El piso bajo que daba á los jardines era el paraíso de la casa, el Sancta-Sanctorum, el *boudoir* donde se habian reunido todos los refinamientos del lujo moderno, ordenados y ar-

reglados con esa elegancia francesa que en cuanto á bagatelas preciosas es de todo punto inimitable.

La habitacion de Silvina de Chateau-Fort, con sus salones de alabastro, sus cómodas butacas, sus magníficos espejos, era en verdad digna de una reina; por todas partes búcaros llenos de flores, porcelanas del Japon, graciosas canastillas doradas con mentidas frutas que cautivaban los ojos, y allá á la cabecera del salon un soberbio piano, dormido profundamente, sin que la redonda y satinada mano de aquella diosa se dignase despertar en él las dulcísimas melodías del Cisne de Pésaro.

La alcoba de la niña, (1) lindo gabinete oriental pintado al fresco y cuya forma circular tenia mucho de gentílica, ostentaba en su centro una especie de templete, un lindísimo nido de gasa y muselina, cuyas blancas colgaduras sujetas por lazos rosados en muchos pliegues caian en derredor de las doradas cariátides que le sostenian.

Todas las habitaciones de la niña daban á los jardines, jardines encantados, donde al lado de las maravillosas flores hijas del sol tropical, se extendía el aristocrático *jardin inglés*, la glorieta cerrada por doradas celosías y las risueñas fuentes, cuyos limpios surtidores mienten en el aire una lluvia de diamantes y perlería.

Mr. de Chateau-Fort, que casado con una muger de mediana edad no habia llevado al matrimonio mas idea que la de hacer desaparecer con la vida conyugal la hipocondría que le devoraba, hubo de volverse loco al verse á los cuatro años de matrimonio padre de una hermosa niña, que atendida la edad, y sobre todo la delicada constitucion de su esposa, debia considerarse como la única heredera de sus cuantiosos bienes.

Imposible seria describir tambien la alegría de la pobre madre que derramó abundantes lágrimas, cuando cediendo á la costumbre del pais, entregó su hermosa hija en manos de una jóven y robusta negra, elegida para nodriza entre las mas bellas esclavas del ingenio.

Por desgracia, no era solo la costumbre la que obligaba á la Sra. de Chateau-Fort á entregar á su hija en manos de la nodriza; despues de su alumbramiento, los celos que inspiraba su salud se fueron convirtiendo en serios temores, las esperanzas de restablecimiento menguaban de dia en dia, y pronto fué preciso trasladarla á la Habana por ver si las dis-

tracciones y la habilidad de los médicos de la capital, podian algo en aquella naturaleza, minada por dolencias crónicas que reverdecian con toda su fuerza. Pero todo fué inútil, la enferma se cansó de los teatros á donde asistia mortificada por crueles dolores, se cansó de los paseos, donde las caras frescas y saludables la causaban envidia y mal humor, y suspirando siempre por volver al lado de su hija, regresó á Chateau-Fort y falleció á los pocos dias, encargando á su esposo que consagrara toda su vida á hacer la felicidad de aquella hija que se hallaba huérfana antes de haber pronunciado el dulce nombre de «Madre».

Chateau-Fort en los primeros momentos estuvo á punto de perder el juicio, porque solo él sabia lo que perdía con aquella santa que soportaba todos sus caprichos, todas sus horas de mal humor, sin que se le oyese jamás formular una queja. ¿Quién escucharía en adelante sin alterarse sus furibundas é inmotivadas filípicas? Los amigos? ¡ah! los amigos que tienen la suficiente abnegacion para sufrir nuestras inconsecuencias no se encuentran á todas horas y menos en el círculo de las gentes que frecuentaba Chateau-Fort. Sus dependientes? se aburrirían y dejarían la casa; quedaban los negros, los desdichados negros, esclavos no solo del trabajo, sino del capricho; máquinas productivas que el plantador alimenta solamente por lo que le valen, y que ocupa en aquellos paises un lugar muy inferior al del caballo de regalo.

Pasados los primeros dias de duelo, el plantador seguro de que no encontraría una segunda esposa que soportase sus caprichos con la abnegacion de la primera, reconcentró todo su cariño en Silvina, resolviéndose á permanecer viudo y á rodear á su hija de todo el lujo, de todas las comodidades que puede ambicionar una muger criolla de la clase mas aristocrática de la Habana.

En cuanto á sus operaciones mercantiles, Chateau-Fort descansaba por completo en la probidad de Palmerolles, su administrador y cajero, activo catalán al que el propietario debia una gran parte de su fortuna, y al que sin embargo pagaba un mezquino sueldo, lo que hubiera pagado lo mismo á otro administrador cualquiera. Es verdad que el desconfiado propietario tenia en él una confianza ilimitada; es verdad que le entregaba las llaves de sus arcas, pero era porque estaba seguro de que Palmerolles, cuya posicion en el mundo era de las que solo permiten *ir viviendo*, no separaría nunca una sola moneda de lo que perteneciese á su principal aunque le fuese en ello la vida.

(1) Niña es en la Habana sinónimo de señorita soltera, pero es voz que lleva consigo cierta espresion de cariño.

Esclavo de su deber, apegado al bufete por una costumbre que se había ido convirtiendo en una especie de cariño, contento al verse dueño absoluto de su despacho, en el que mandaba mas que su amo, y gozándose lealmente en ver crecer de día en día los intereses confiados á su administracion. Palmerolles vivía tranquilo cifrando toda su dicha en su jóven esposa, modelo de virtud, y en su única hija Laura, que tenía tres años mas que Silvina, y á la que su madre rechazando la costumbre y la moda había rehusado entregar á nodriza alguna.

Unos pañuelos de seda y un cajon de tabacos de regalía el día de su cumpleaños, era el único presente que el celoso administrador recibía del propietario; pero su conciencia estaba tranquila, sus necesidades satisfechas y en cuanto al porvenir de su esposa y de su hija, oh! esa idea la mas terrible para el padre y el esposo que nada poseen, que nada pueden legar á su infortunada familia, no atormentaba nunca la imaginacion del honrado cajero. Seguro de los grandes servicios que prestaba á Chateau-Fort, por mas que aquellos servicios no mereciesen jamás la mas sencilla muestra de gratitud, ¿no estaba seguro tambien de que el propietario atendería á la subsistencia de su amada familia? Oh! Si! era imposible que el plantador desconociese tan cruelmente lo que debía al hombre probo, activo é inteligente que acumulaba desinteresadamente en sus arcas el oro sobre el oro. Palmerolles adurmiendo sus temores en aquella dulce confianza, redoblaba su actividad, fijaba en Chateau-Fort sus mas risueñas esperanzas y hacia producir al ingenio ciento por uno.

Queriendo el plantador hacer de su hija una princesa, hizo edificar en la parte que daba á los jardines las deliciosas habitaciones que hemos descrito antes, destinó á su servicio un sin número de negras y para que en todo se asemejase á las damas de la clase mas elevada, apenas cumplió Silvina dos años hizo venir para encargarse de su educacion á Madame Boumarché, dama francesa que pasaba por una de las institutrices mas á la moda.

Vemos con frecuencia que las mejores intenciones no siempre alcanzan el fin apetecido, y esto fué cabalmente lo que sucedió á Chateau-Fort en la descabellada eleccion de Madame Boumarché.

Era esta señora de unos treinta á treinta y seis años, pequeña de cuerpo tanto como de alma, delgada, vivaracha, presumida de cantatriz, hábil para el piano, falsa y galante como buena francesa y suficientemente descarada para abrogarse conocimientos que no poseía y

que hacia anunciar con frecuencia en los Diarios de la Habana.

Afectando un gran hastío de las pompas y vanidades del mundo, la Boumarché llevaba siempre un traje estravagante salpicado de adornos de luto, sus escasos cabellos cortados y ensortijados al rededor de su rostro la hacían notable en todos los círculos, donde nadie pensaba en imitar tan extraño y feo capricho, y bien que se hallase todavía soltera, y soltera de larga historia, pareciéndole que el estado de viudez es el que dá mas autoridad á la mujer que quiere vivir libre y sola, hizo imprimir un sin número de targetas negras, en las que se leía en letras de oro „Magdalena Boumarché, viuda de Carvajal,“ apellido que sonaba y suena siempre bien en aquellas regiones occidentales.

Viéndose Magdalena no solo encargada de la educacion de la niña, sino de la direccion de la casa, conoció que se hallaba en una posicion bastante falsa, y empezó por explorar los conocimientos del plantador que nada le dejaron que desear, porque era hombre que aceptaba los paisajes y modelos de Julien, como obras maestras de la mano de la decantada *institutriz*, pues la Boumarché hallaba demasiado vulgar el castizo nombre de *Aya*.

Aunque tampoco era un lince en conocimientos artísticos y literarios, la persona que hacia mas sombra á Magdalena era el honrado Palmerolles, que á las exageradas descripciones que el plantador hacia de los vastos conocimientos de la viuda, respondía siempre con esa espresion dura y acentuada de los catalanes, *veremos*.

La Boumarché comprendió perfectamente que ganando á Palmerolles nada tenía ya que temer, y á fin de sellar la boca del íntegro administrador de manera que no pudiese jamás censurar sus actos, resuelta á vencer aquel obstáculo único que se oponía á su poder omnímodo, suplicó á Chateau-Fort que le permitiese encargarse de la educacion de Laura de Palmerolles, que estaba á todas horas jugando al lado de la pequeña Silvina.

Mr. de Chateau-Fort temiendo que aquello fuese un lazo para exigirle creces al ya crecido sueldo, rehusó al principio su consentimiento, alegando que Magdalena reunía ya demasiados cargos; pero cuando la institutriz esplanó la idea de que nada exigía por aquella nueva discípula, el plantador elevó hasta las nubes su generosidad, la colmó de elogios y corrió á su despacho á participar á Palmerolles tan inesperada nueva, á quien por este medio recompensaba sin aumentar sus gastos.

A medida que Chateau-Fort entusiasmado

referia la generosa oferta de la Boumarché, Palmerolles experimentaba una turbacion feliz, semejante á los sueños que produce el opio; la pluma se le cayó de las manos, inclinó la cabeza sobre el pecho y no pudo pronunciar una palabra.

El pobre padre que no tenia mas ambicion que la de dar á su hija una educacion brillante, veia realizadas en un instante sus mas dulces esperanzas y se volvia loco de placer.

Dos gruesas lágrimas rodaron de sus párpados y fueron á secarse en el bufete.

—Vamos, vamos, dijo Chateau-Fort alargándole la mano: vamos á beber una botella de cerveza á la salud de Magdalena.

—Vamos, replicó el cajero ebrio de gozo y añadiendo en voz entrecortada: Ah! cuánto os debo!

Al salir del despacho se encontraron con Magdalena que venia á repetir por su boca lo que acababa de referir Chateau-Fort.

—Magdalena! exclamó Palmerolles alargándole la mano con efusion; hoy me haceis el mas feliz de los hombres! Dios os recompense como yo deseo vuestra buena accion.... mi reconocimiento será eterno!

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

REMITIDO.

A LA MEMORIA

DE LA

SEÑORITA DOÑA AURELIA DIAZ TEZANOS.

¡Pobre niña, arrebatada
á los placeres del mundo!
¡pobre niña, así arrancada
al mas puro amor profundo,
de su vida en la alborada!

¡Pobre niña! que cual flor
segara al nacer la muerte
implacable en su rigor;
¿qué me importa ya el dolor
si no he de volver á verte?

¿Ni qué le importa, hija mia,
á este corazon transido,
pena sobre pena impía,
si yo miré tu agonía,
si oí tu postrer gemido?

DICIEMBRE.

¿Por qué no pude ¡ay de mí!
con mi aliento darte aliento,
cuando espirante te ví?
¿podrá haber mayor tormento
que el tormento que sufrí?

¿Qué dolor habrá cruento
que parangonarse pueda
á este dolor que yo siento,
á este angustioso tormento
que á mi corazon le queda?

.

Así, y en amargo duelo,
junto á un féretro esclamaba
una muger sin consuelo;
una madre á quien el cielo
su fé y religion probaba.

Yo á esa muger escuché:
su llanto quise partir,
su amargura contemplé:
pidióme alivio, y callé:
era horrible aquel sufrir!

Y asiéndome fuertemente
esa madre desolada,
mostróme su hija adorada,
mientras con su llanto ardiente
sentí mi mano abrasada.

Largo rato silenciosos
el cadáver contemplamos,
y largo rato lloramos:
tristes tributos hermosos,
por los que en el mundo amamos.

"Llora, muger, llora, llora,
le digo, porque es el llanto,
el dulce bálsamo santo
que el alma tierna atesora:
el solo alivio al quebranto.

"Llora, porque es tu dolor
tan inmenso, como era
para esa niña tu amor;
mas temple la pena fiera
y escúchame por favor.

"Si por ventura creiste
que Aurelia pudo vivir
donde eterno es el sufrir,
y dó la verdad que existe
se encierra toda en morir;

"Donde todo es ilusion,
y luto, y farsa y mentira,
desengaños y traicion,
te engaña tu corazon;
tu mente, muger, delira.

3



"Tu hija á Dios se consagró
en medio del lodo inmundo
de esto que llamamos mundo:
no tuvo lucha, y venció
su divino amor profundo.

"Y la buscó el indigente,
el triste, el menesteroso,
pues ella tierna y clemente
era de piedad la fuente,
era un manantial copioso.

"Y si en virtud y amor santo
fué la hija tuya modelo,
no llores ya, oh madre, tanto;
pues que Aurelia desde el cielo
dará fin á tu quebranto."

ULCINO.

MODAS DE PARIS.

¿Qué es la gracia?

Es el perfume de la elegancia. Una mujer es graciosa á la manera que una flor es fragante. La gracia por tanto no se aprende. ¿La violeta sabe acaso porqué es violeta? Esta gracia perfecta, mas espresiva y mas encantadora que la belleza misma, dá á todas las cosas un valor precioso y único. Una mujer graciosa nunca es fea, aunque no tenga todas las proporciones del cuerpo y toda la regularidad de las facciones del rostro admitidas en el programa de la perfeccion y de la belleza.

Ocupémonos hoy de la gracia en los adornos, que es indispensable para poseer la gracia real y positiva.

Comienzo por el tocado; porque un sombrero tiene el don de embellecer, bien así como tiene el poder de afeár.

Aquí está el talento de Alejandrina. Todas sus modas son jóvenes, sientan bien, y tienen grandes aires aristocráticos.

Júzguese por las siguientes.

Un prendido romano compuesto de una recedilla de oro, cayendo en forma de buche flexible y hueco sobre la nuca, con torcetes de oro, alfileres de oro, y moña á un lado de terciopelo azul de cielo.

Un prendido Médicis, completamente de la época, en terciopelo negro claveteado de oro.

Un prendido Francisco primero, represen-

tando una cófia de terciopelo rosa de China, con bordado de gruesos botones en forma de racimo de perlas blancas, plumas blancas y garzota.

Un prendido Diana de Poitiers, en terciopelo cereza y plumas blancas, con bellotas de oro.

Un prendido Ivanhoe de terciopelo escocés y garzota blanca.

Cada uno de estos diferentes adornos posee una gracia inimitable.

¿Pero la gran señora y el rico peinado bastan siempre á tener gracia?

De ningun modo.

¿No acaba Constantino de colocar en las cabezas una corona de flores silvestres llena de gracia y de belleza?

El ha destronado las flores de los jardines y de los invernáculos por hallarlas demasiado coquetas y demasiado orgullosas.

Es un capricho de artista: convengo en ello.

Cuando llegue el cansancio, Constantino volverá á enviar sus flores á las montañas; pero entretanto las ama, las poetiza, y hace de ellas sultanas favoritas.

Ha ido á coger á los Pirineos todas las flores silvestres, con las cuales forma hoy peinados y adornos de vestidos, admirables por su sencillez y su encanto.

Ha arrancado el lirio de los valles, la flor de fresa, la campanilla, el resedá, la azalea, la siempreviva y mil otras que nadie conoce, tan modestas é ignoradas son. Con todas estas diferentes mezclas, rodeadas de hojas de setos vivos, Constantino ha reproducido una naturaleza salvaje, caprichosa, fantástica y sencilla, que difiere esencialmente de todas las flores que hoy se acostumbran á usar.

Los almacenes de *Trois-Quartiers* tienen trages de tarlatana de un gusto y de una baturra fabulosos.

Es imposible ponerse hoy un traje marchito, cuando la frescura se da casi por nada.

Figuraos tarlatanas entretegidas, bordadas, rayadas, acanaladas, arrasadas, con mil dibujos á cual mas caprichosos y variados.

Respecto á trages ligeros mas ricos, citaré los de gasa de Chamberí, que ofrecen disposiciones tan centelleantes como la misma pedería.

Los trages de tela rica y de canto se prestan complacientemente á la invencion coqueta y artística de Mmes. Loviot hermanas, para reproducir monillos sin costuras, y esto se comprende, puesto que las costuras se reemplazan por brandeburgos abotonados.

Sin embargo, yo sé de mas de un traje de baile sin costuras, organizado de manera que pueda renovar sus adornos. Así con ese traje solo se tienen en rigor tres ó cuatro para la estacion de invierno.

Esto es una incontestable economía.

Ya se piensa en los bailes aunque todavía estén algo lejos.

Pero despues del dia de año nuevo, se bailará tanto mas cuanto mas se haya tardado en bailar.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

PRIMER FIGURIN.

Vestido de glasé liso guarnecido de botones de terciopelo negro. Manton *Fiamina*, de terciopelo negro guarnecido de una tira ancha de terciopelo escocés y un fleco con el pié de *guipure*: capucha adornada con cuatro borlas del color de la escocesa, y la vuelta y forro de seda de la misma escocesa. Sombrero de terciopelo con adornos de encaje negro.

SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de popelina de seda adornado por delante con cintas de terciopelo, en forma de pirámide, sujetas por las estremidades con botones de seda del color del vestido. Basquiña *Topaze* de paño, guarnecida por alrededor y toda la manga de trencilla, formando red. Sombrero de terciopelo labrado, con adornos de encaje y cinta de terciopelo. Cuello y mangas de muselina bordados. Guantes gris.

TERCER FIGURIN.

Vestido de glasé de tres volantes con una ancha banda de moiré *antique*, colocada al fin de cada uno, sirviéndole de guarnicion. Manteleta Princesa *Mathilde*, de terciopelo negro, bordada toda al pasado con torzal y sobre el hombro un rico fleco de *guipure*. Sombrero de terciopelo adornado con ramos de plumas

rizadas, y por dentro adorno blanco. Mangas con dos volantes de *guipure*. Guantes gris perla.

CUARTO FIGURIN.

Vestido de *reps* con anchas listas trasversales, una lila y otra chiné. Alborno *Imperial* formado de *quilles* escoceses y *quilles* de paño alternando: capuchon escocés formando dos puntas iguales, en las cuales se coloca una borla del color de la escocesa y otras dos una encima de otra, cayendo entre las dos puntas: por delante dos borlones de lo mismo que caen sobre el pecho. Sombrero *Montpensier* de fieltro guarnecido al rededor de un encage negro y adornado con una gran pluma negra, cayendo hácia atrás.

QUINTO FIGURIN.

Vestido á cuadros de dos colores con dos enaguas sin adornos. Manteleta *Kaik* guarnecida de un fleco que se coloca sobre la misma tela: capuchon redondo con una borla en la espalda, otra en cada hombro, otra delante y dos que caen á la mediacion del brazo. Sombrero de fieltro guarnecido de anchas cintas de terciopelo.

SESTO FIGURIN.

Vestido de moiré *antique*: á los lados una cinta á buches, rodeada de dos pequeñas puntillas. Manteleta *Boiteux* de terciopelo con adornos de pasamanería de *guipure*, con una esclavina guarnecida de la misma pasamanería. Mangas de embudo con el mismo adorno. Sombrero de terciopelo y crespon guarnecido de flores.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

- N.º 1 Esquina de pañuelo: al pasado rico; las hojas y flores punto de pluma y lo marcado + + calados de punto de escala y Alençon.
 2 Id.: al pasado y feston.
 3 Guarnicion para colgadura: al pasado sobre muselina y tul de Alençon.
 4 Id.: al pasado y lunares.
 5 Embutido: punto inglés.
 6 Guarnicion para envoltura: al pasado.
 7 y 8 Cuello y mangas: al pasado.
 9 y 10 Id. id.: feston.
 11 á 13 Salpicados: id.
 14 Babadero: bordado de cordoncillo so-

- bre piqué blanco y la orilla feston recortado.
- 15 Cubierta para cojinetillo de alfileres: al pasado, pudiendo bordarse con seda de colores.
- 16 y 17 Guarniciones para calzoncitos etc.: feston y punto inglés.
- 18 y 19 Numeraciones: al pasado.
- 20 J. R. F.: id.
- 21 E. V.: id.
- 22 V. O.: id.
- 23 F. P.: id.
- 24 A. F.: id.
- 25 E. U.: id.
- 26 R. C.: id.
- 27 B. C.: id.
- 28 J. S.: id.

N. 1 á 4 Talma Argelina con capuchon para niña de 3 á 5 años. Éste elegante abrigo, de una forma toda nueva, se hace de paño (ó cualquier otra tela al propósito) con grandes rayas de colores muy vivos: el cuerpo del Talma n.º 1 se corta al sesgo cuidando que al unir las dos telas se encuentren las rayas en forma de V: el capuchon es el molde marcado con el n.º 2 que cae por delante en forma de estola: (véase el n.º 3). Este capuchon reúne á su elegancia el utilizarlo para cubrirse la cabeza cuando el exceso del frío lo hace indispensable, en cuyo caso se cruzan los cabos por cima del pecho dejándolos caer á la espalda: (n.º 3, visto de espalda.) El número 4 es la solapa del capuchon, que se corta al sesgo como el Talma. Se adornará con tres grandes borlas de estambre del color del Talma, una en el pico del capuchon hacia la espalda, y otra en cada una de la punta de la caída del mismo.

Se ha dado preferencia á este abrigo, porque al par que sirve para niñas en la estación presente, puede adaptarse á las señoras con solo prolongar los cortes de la tela.

- 5 y 6 Alfabetos mayúsculo y minúsculo: al pasado.
- 7 N. O.: al pasado y punto de armas.
- 8 J. C.: id. id.
- 9 M. J. M.: id. id.
- 10 M. R.: id. id.

- 11 A. J. R.: al pasado y punto de armas.
- 12 Adelaida: M.: id.
- 13 Leocadia M.: id.
- 14 Ernestina P.: al pasado.
- 15 Augusto P.: id.
- 16 M. J. M.: id.
- 17 A. J. R.: id.
- 18 M. R.: id.
- 19 E. S. de A.: id.
- 20 Eusebia: id.
- 21 D. J. C. ligadas: id.
- 22 A. L. C.: id. id.
- 23 T. C.: id. id.
- 24 J. C.: id. id.
- 25 á 33 Alfabeto de letras enlazadas de A. J. á la A. R.: al pasado.
- 34 Milagros: al pasado.
- 35 Cármen: id.

LAS DOS MARIAS.

I.

LA CARTA DE LA NODRIZA.

„A la señora baronesa de Pessac.

PARIS.

Lermond 20 de Mayo de 1820.

„Señora: no sabiendo escribir he suplicado al Sr. Maire, que es persona muy fuerte en la escritura, que tomase la pluma en mi nombre para anunciar á V. que mi padre, antiguo marino, que ha dejado el país hace ya muchos años, se halla mortalmente enfermo, y desea verme antes de morir; por lo que parto sin dilacion para el lugar de su residencia en el navío JOVEN AMELIA que está para darse á la vela en toda la semana.

„Como en este viage no puedo llevar conmigo á vuestra Mariquita, á quien estoy criando, ni tampoco á la mia, me tomo la libertad de dejarlas aquí, suplicándoos tengais la bondad de enviar á buscarlas por una persona de confianza, á quien las entregará mi prima Juana.

„Soy señora baronesa, vuestra respetuosa, humilde y obediente servidora y nodriza:

JUANITA LA GOULE.

P. S.--No sabiendo firmar hago una cruz †.

Apenas recibió esta carta la baronesa, hermosa jóven de diez y ocho años, y viuda hacia dos meses de un marido á quien adoraba,

hizo llamar á Germana, antigua doncella que la habia visto nacer y de la que nunca se habia separado.

—Mi querida Germana, le dijo, tú sabes que hace quince meses salí de París precipitadamente para Burdeus, con el objeto de ver á mi pobre madre antes de morir, y que allí vió la luz mi querida María. Viéndome obligada á partir de nuevo despues de la muerte de mi madre, para cuidar al esposo querido que acabo de perder, me ví en la precision de dejar á María en casa de una nodriza, en Lermond, pequeña aldea situada á una media legua de Burdeus, en el camino real de París. Hé aquí la carta que acabo de recibir de la nodriza Juanita La Goule; y comprenderás que no hay que perder un momento. El estado de mi salud siempre delicada, y mis muchos negocios, me impiden correr en busca de mi hija.

Vé tú, mi querida Germana; toma una silla de posta, y sin detenerte de noche ni de dia, irás derecho á Lermond, tomarás las dos Marías, y me las traerás aquí al instante. Oh! cuánto deseo abrazar á mi hija! es todo lo que me queda de mi union con el pobre Carlos! es mi único tesoro, mi dicha, todo lo que yo amo en el mundo. Vé, vé, Germana, toma todo el dinero que necesites para encontrar buenos caballos á todas horas; vé y vuelve sin detenerte un momento, tú conoces mi impaciencia y sabes que contaré los dias, las horas, los minutos hasta tu vuelta.... has comprendido?

—Mi querida señora sabe muy bien que no necesita repetirme las cosas dos veces.

Voy ahora mismo á subir en vuestro coche que me conducirá al mismo Lermond: allí no me detendré mas que el tiempo preciso para coger las dos niñas, volveré á subir con ellas al coche y no pararé hasta aquí. ¿No es eso lo que quereis?

—¡Bravo! eso mismo, Germana; toma este bolsillo lleno de oro, no le economices con tal de que vuelvas pronto.

II.

EL VIAJE.

Una hora despues de esta conversacion, la señora Germana subió al coche de la baronesa de Pessac, y siguiendo al pié de la letra las instrucciones que habia recibido de su señora, no se detuvo en el camino mas que el tiempo suficiente para mudar los caballos y llegó á Lermond en la mañana del tercero dia despues de su salida.

Despues de haber preguntado aquí y allí por Juanita La Goule, los habitantes de la aldea le indicaron un jardinito bastante separado del camino real, y completamente aislado, adonde la buena mujer tuvo que ir á pié, porque el sendero que conducia al jardinito atravesaba campos sembrados, y no se podia ir de otra manera. En el medio del jardin se alzaba la cabaña, á cuya puerta estaba de centinela un gran mastin, viejo ya y bastante feroz para poner miedo á mujeres mas valientes que Germana.

Apenas la anciana doncella tocó la valla del jardin, el perro se puso á ladrar con tanta fuerza, que hizo acudir á una pobre vieja que recogia leña cerca de allí, y que al verse en presencia de una desconocida no sabia qué decir, ni qué hacer.

—Qué quereis? dijo haciendo un esfuerzo para hablar; Juanita La Goule ha partido ya.

—Vengo de parte de la baronesa de Pessac á buscar las dos Marías.

—En ese caso, voy á entregároslas, respondió la paisana echando á andar hácia la cabaña, y dando un puntapié al pobre perro para que se apartase hácia un lado.

Germana la siguió.

La paisana se acercó á una cuna tosca, cuyas cortinas de tela ordinaria estaban completamente cerradas, y añadió muy bajo.

—Chut! están durmiendo!

—¿Pues qué, duermen juntas?

Por toda respuesta la aldeana entreabrió las cortinas, y dejó ver dos lindas cabezas de niña, que dormian megilla con megilla sobre la misma almohada.

—Está bien; ¿pero quién me trasladará la una hasta el coche.

—Yo, respondió la paisana colocando la cuna con tal delicadeza sobre su cabeza ruda, que ninguna de las dos niñas despertó.

Entonces era Germana la que caminaba delante, hasta llegar á la silla, que hallaron ya con los caballos enganchados; la paisana colocó dulcemente la cuna en el carruaje, sin que las inocentes criaturas hiciesen el menor movimiento; iba ya á retirarse cuando Germana la detuvo.

—¿Cuánto se os debe, le preguntó, por el alimento de estas niñas desde la partida de la nodriza?

—Nada, mi vaca ha hecho el gasto.

—Entonces tomad esto para la vaca; y Germana abrió su bolsillo lleno de oro y presentó un luis á la paisana.

Pero esta no alargó siquiera la mano para recibirla; sus labios se entreabrian con una sonrisa salvage, en tanto que sus ojos fijos en

el bolsillo brillaban con una espresion particular.

—¿Os parece poco? preguntó Germana cariñosamente; vamos, amiga mia, decid ¿cuánto quereis? traigo orden de mi señora para no rehusaros nada.

—Entonces... en ese caso... murmuró la paisana estendiendo su mano y retirándola en seguida; dadme una pieza grande blanca.

Germana se sonrió al ver la ignorancia de aquella mujer, que al pié de Burdeus desconocia completamente el valor del oro, volvió á echar el luis en el bolsillo y entregó á la paisana cinco piezas de cinco francos que la hicieron saltar de gozo como una niña.

—Si las niñas lloran, qué les daré?

—Hay en la cuna una botella de leche.

—Y ropa blanca?

—Tambien hay en la cuna.

—Adios!

Germana subió al coche que partió inmediatamente, despertando con su movimiento á las dos niñas que empezaron á llorar.

Germana corrió entonces la cortina para tomarlas en brazos, y solo entonces notó que las dos niñas estaban vestidas del mismo modo, las mismas chambras finas, los mismos gorritos bordados.

—He aquí lo que son las nodrizas, exclamaba Germana contemplándolas: la canastilla de nuestra María ha servido para las dos.... ¿Pero cual es la nuestra? añadió examinándolas con la mayor atencion.

Tenian la misma edad, ambas eran blancas, rubias, lindas, sonrosadas, y estaban vestidas del mismo modo; de manera que era imposible distinguir la hija de la gran señora de la hija de la paisana, y Germana se encontró en el caso de no saber qué hacer ni qué pensar.

—Bah! dijo despues de algunos momentos de indecision; prodiguemos los mismos cuidados, la señora baronesa es la madre y sabrá distinguir cual es su hija.

III.

¿CUAL DE LAS DOS?

Apenas resonó en el patio el ruido de una silla de posta, la baronesa se lanzó sin aliento hácia la escalerra gritando: Mi hija! mi hija!

Pero cual fué su admiracion cuando Germana le entregó dos tan esactamente iguales, que la pobre madre retrocedió algunos pasos exclamando:

—Cuál, cuál es la mia?

—Escoja la señora baronesa; dijo sencillamente la buena mujer.

—Escojer! escojer! repetia la baronesa, tomando alternativamente cada niña, posándola y volviéndola á tomar en seguida. ¡Pero si es cosa de volverse loca!Cuál es María?

—Todas dos se llaman María, señora.

—Pero en fin, Germana, ¿cuando os las han entregado no os han dicho cuál era mi hija?

—La señora baronesa no me ha dicho mas que estas palabras: „Vé á Lermond á casa de Juanita La Goule; te entregarán dos niñas, vuelve con ellas lo mas pronto que puedas.“ Señora baronesa, hélas aquí: yo no he hecho mas que cumplir con mi comision.

—Es que las dos pequeñas se parecen tanto, que desconfio de poderlas distinguir; exclamaba la jóven dama con una agonía inespliable.

—A esta edad todos los niños se parecen, respondia tranquilamente el aya; pero despues que crezcan... alguna señal... la señora baronesa conocerá...

—¿Es decir, que será preciso esperar á que crezcan para saber á cual de las dos he de querer?

—Entre tanto, la señora baronesa puede querer á las dos.

—Una señal! murmuraba la baronesa: ¿y de qué nos serviria una señal cuando me han quitado mi hija apenas acababa de nacer, y nada recuerdo sino que era ya muy hermosa? ¿Cómo distinguirla?

Sea que el consejo de Germana fuese bueno, ó bien que el sensible corazon de la baronesa de Vieux-Bois estuviese abierto para todas las emociones dulces, empezó á amar las dos Marías de tan buena fé, que cualquiera que le hubiese dicho: „esa no es vuestra hija,“ le hubiera causado un verdadero disgusto.

Once años se pasaron sin que se tuviese la menor noticia de la pobre nodriza, y entre tanto las dos Marías crecieron recibiendo ambas una educacion esmerada, de la que ambas sacaron notables é iguales ventajas.

Como á pesar de ignorar quien fuese cada una, era preciso distinguirlas de alguna manera, se les distribuyeron los tres nombres que la hija de la baronesa habia recibido en el bautismo, y que eran Ana Luisa María, llamando á la una Ana María, y á la otra Luisa María.

En esta época empezó á notarse entre estas dos jóvenes, una notable diferencia, tanto en la parte física como en la moral.

Ana-María, era altiva, orgullosa insolente, Luisa-María dulce, tímida, medrosa; la primera alzaba sobre la otra toda la cabeza y aunque la segunda fuese mas linda y mas hechicera, todos confesaban que la primera tenia

un aire mas noble, y una mirada mas soberbia. Sin embargo, estas dos jóvenes se amaban de tal manera que disputaban con frecuencia sobre cual de las dos profesaba mayor cariño á la baronesa, que á su vez las amaba con tal igualdad, que le hubiera sido imposible preferir á ninguna.

Un día en que todo el mundo estaba entregado á la alegría en casa de la baronesa, recibió esta señora una carta que bastó para conmover en un solo instante á toda la familia, y en especial á las dos Marías.

Decia así.

„A María, hija de Juanita La Goule,
en casa de la Señora baronesa
de Vieux-Bois

EN PARIS.”

50—en la *Chaussée d'Antin*.

IV.

TEMORES.

Esta carta fué entregada á la baronesa en el momento en que se hallaba en el salon colocada entre sus dos hijas, pero apenas leyó el sobrescrito cuando ambas jóvenes exclamaron.

—¡Oh! yo espero que no será para mí!

La frente de Ana María se cubrió de un vivo encarnado en tanto que Luisa María fijaba en la baronesa una mirada en la que se veía reflejado el amor mas vivo.

—Y sin embargo, una de vosotras es la hija de Juanita, insinuó dulcemente la baronesa abriendo la carta.

—¡Si fuese yo, me moriria de vergüenza! respondió Ana-María, con alteracion... ¡ser la hija de una paisana!

—¡No ser ya vuestra hija! repetia Luisa-María, con una voz tan conmovida que penetró hasta el corazon de la baronesa.

Tranquilizaos, queridas niñas, dijo la baronesa tomando de la mano á las dos Marías, y estrechándolas contra su corazon, sea cualquiera de vosotras, sereis siempre mis queridas hijas como lo sois desde hace ya once años; no pudiendo escoger, os adopté á las dos con toda mi alma, y cualquiera que me quitase una de vosotras, siempre me arrancaria una hija, por lo que nada teneis que temer, queridas mías, porque mi corazon pertenece á las dos por igual. Solo un acto de justicia me obliga á descubrir el secreto misterio que os rodea: yo debo á mi hija la fortuna del baron, pero creedme, formaré con mi dote, una suerte tan brillante para la hija de Juanita, que nada

tendrá que envidiar á la que lleve el título de baronesa de Vieux-Bois.

La baronesa leyó entonces la carta que decia así:

„Mi queriba Maria; te escribo para decirte que llegó de paises lejanos, muy lejanos. Pues Maria, te digo como tuve una herencia con la que hay para casarte bien ogaño en nuestra tierra, con un Labrador bien acomodado, porque María, espero que la señora baronesa no habrá hecho de tí una señorita remilgada. Pues tambien sabrás como me pongo esta tarde en camino para París, y que ya me tarda la hora de abrazarte despues de once años que no te ví.

„Adios, mis recuerdos á la señora y á la señorita Maria que estará ya muy guapota. Es tu madre por toda la vida, Juanita.

„P. S.--No sabiendo firmar hago una cruz †.”

—¡Es decir que llega! exclamaron las dos niñas con espanto.

La baronesa salió en aquel momento para arreglar algunos asuntos, con su notario, y las dos niñas quedaron solas.

Hubo entonces un momento de silencio que Ana-Maria rompió la primera.

—Juanita llega mañana, Luisa, y mañana tu suerte ó la mia será espantosa!

—¡No ser ya su hija, no poder llamarla madre! respondió Luisa, como respondiendo á su propio corazon.

—¡Y no ser mas que la hija de una paisana, de una mujer sin educacion que ni escribir sabe! exclamaba Ana, releyendo la carta que la baronesa habia dejado sobre el velador.

—¡Oh, no es esa la desgracia, respondió Luisa con amargura, porque cuando la hija de la paisana ha crecido al lado de su madre, la idolatra, como la niña del arrendatario que la Sra. tiene en la quinta de Montmorency y que bien sabes tú que nos repetia á todas horas que no cambiaria á su madre por una gran señora. ¡Pero nosotros! nosotros que hemos de abandonar á la que nos ha educado, á la que amamos, á la que respetamos, para ir á decir „Madre” á una paisana desconocida! oh! eso es espantoso!

—Luisa, dijo Ana-Maria con aire de proteccion, si quieres que te diga la verdad, solo me desconsuelo por tí, porque en cuanto á mí, siento aquí dentro una cosa que me dice que soy la hija de la baronesa.

—¡Ay mi pobre Ana! tambien siento yo lo propio, pero al mismo tiempo esa noticia me clava un dardo en el corazon.

Y las dos jóvenes cayeron de nuevo en su triste meditacion.

Despues de un largo silencio Luisa se levanta

tó, y tomando la mano de la que miraba como su hermana mayor

—¡Ana-Maria! le dijo con solemnidad, mañana nuestra suerte quedará resuelta, mañana una de nosotras será todo en esta casa, la otra nada! amiga mia, hermana mia, hagamos un convenio solemne.

—¿Cual? preguntó Ana pensativa.

—El de no separarnos jamás, respondió Luisa-Maria con expansion, el de ser siempre hermanas! En cuanto á mí, querida Ana, si eres tú la que la suerte te destina para hija de Juanita, te juro que no solo serás para mí una hermana, sino una hermana mayor, que no haré nada sin consultarte primero, sin preguntarte si te agrada ó no; si me compran un vestido que te agrade te lo daré, y mis flores, y mis alhajas, y mis libros, todo cuanto posea. En cambio, mi pobre amiga, solo te pido una gracia, una sola que espero no me la negarás, porque me quitarias la vida; si soy la hija de la paisana, permíteme que siga llamando madre á la señora baronesa. Madre! Madre! créeme Ana-Maria, el dia en que no pudiese decirle "Madre," y en que ella no me respondiese "hija mia" moriré, moriré, porque siento que se me parte el corazon solo de imaginarlo.... Oh! tengo frio! mucho frio!

—¡Pobre niña!

—¿Me lo prometes, Ana?

—Si, pobre Luisa, te lo concedo pues que te contentas con tan poco.

—¡Tan poco! tan poco llamar madre á la que desde la infancia me prodiga tesoros de ternura... tan poco! ¡oh Dios mio! haced que sea siempre su verdadera hija!

—¡Oh Dios mio! haced que yo sea realmente su hija! repitió Ana-Maria con un sentimiento de orgullo, que en nada se parecia á la tímida ternura que hacia palpar el corazon de Luisa-Maria.

—¡Al fin mañana quedará nuestra suerte decidida! exclamaron ambas abrazándose, como dos hermanas que nunca se habian separado, y que no habian vertido todavía la primera lágrima.

(Se continuará.)

EL MES DE DICIEMBRE.

Este mes es el rabo del año. Por eso es el mas difícil de desollar.

Los españoles es fama que somos muy apegados á nuestras costumbres; pero es el caso

que guardamos mas las malas que las buenas. Dígalos Diciembre, mes de zambomba y trompetillas, de aguinaldos y de turrón, de felicitaciones y de dádivas forzosas; mes en fin de Navidad y está dicho todo.

La Navidad. Hé aquí el gran pretesto. No parece sino que Diciembre se ha hecho espresamente para Navidad. Todo él desde su principio se siente impregnado en la atmósfera de Noche buena. Los chicos empiezan á percibir un olor de vacaciones que les lleva á hacer rabonas de la escuela por lo menos un par de veces por semana. Los mercaderes atestan sus vidrieras con telas nuevas artísticamente colocadas, y cuya peregrina y exótica nomenclatura aumenta el aliciente. Los confiteros confingen á fuerza de machacar los mismos mismísimos turrones que endulzaron el paladar de los súbditos de Felipe V, acondicionándolos aquellos en cajas cuya materia y forma son tradicionales, y que han permanecido refractarias siempre á los adelantos del siglo y á las exigencias del gusto moderno. Ellas vienen á ser, salva la comparacion, lo que al servicio público son los carros del correo con su techumbre de cañas y su lecho de cordel. Todos, en fin, se agitan, se ponen en movimiento, y se preparan para el gran dia de vender ó de pedir. Omitimos por escusado el manifestar que la gran masa de la poblacion, esto es, la que compra y la que dá, mira el asunto bajo un punto de vista muy diverso. Allí brilla la esperanza del botín, aquí domina el terror del saqueo. Tal es Diciembre. Bien hizo el almanac al poner la mayor parte de él debajo del signo de Sagitario, porque todos llegan asaeteados á Capricornio.

En efecto, apenas pasa la Concepcion limpian los ciegos el polvo á las panderetas, ponen nuevas primas á las guitarras y dan pez á los arcos de sus mugrientos violines, organizando sociedades en comandita para recorrer la ciudad de puerta en puerta. Señálase dia, y cuando usted menos se cata hé aquí que suena con agudo repiqueteo la campanilla del porton, ábrese este, y se inunda el patio de ciegos y de ciegas, escoltados por cuatro docenas de chicos ca-

llejeros, amen de otros tantos de gorrita y bolsa escolar pendiente del hombro, los cuales al ir al aula bajo la fé de su honrada palabra se han encontrado con aquella ambulante orquesta, y su amor al arte les ha llevado á hacer un paréntesis por aquel día al *quis vel qui* y á la tabla de sumar. Ya dentro del patio la comparsa, los vecinos corren sobresaltados al oír los primeros ecos de aquel desapacible desconcierto, de aquella anarquía filarmónica, mientras al destemplado son de los violines, al agrio zumbar de la zambomba y al cascabelesco ruido de la pandereta, entona con bronca voz el ciego la coplita con que dá las pascuas al amo de la casa, cuya copla sirve para todo el calendario y aun para todo el martirologio, sin mas que poner aquí D. Pedro y allí D. Juan y en la otra casa D. Bonifacio, que con algo que el nombre se estire ó se alargue todo él entra en la copla mas ó menos holgado.

No bien rompen á una los instrumentos, cuando la ciega mas caridelantera se arroja á hacer el duo con chillidos de rata á quien pisan el rabo, y ya desde entonces todos los artistas ponen en juego sus laringes, cada cual como Dios le da á entender. El tenor berrea, la tiple maulla, el bajo lanza bramidos espantosos, los perros del barrio ladrán todos á la vez, y los vecinos de la casa, tapándose los oídos con ambas manos, se asoman al corredor gritando que hay enfermos; pero sus gritos se apagan entre aquellos torrentes de armonía infernal, á la que solo ponen término algunas monedas arrojadas desde arriba. Entonces cesa de súbito la música, ábrese la puerta, y los individuos de la comparsa se ponen en la calle formando cordon y asido cada uno de la capa del que le precede.

Pero el mes adelanta, y las exigencias aumentan en la misma proporcion. La Pascua abrumba de trabajo á las modistas y costureras. No puede por tanto perderse tiempo, so pena de quedarse en casa, ó lo que es peor todavía, de no estrenar aquel día en el paseo algun traje ó algun sombrero de última y elegante confeccion. Es menester apresurarse á recorrer

las tiendas mas afamadas. La calle de Juan de Andas se ve mas obstruida que el día del Corpus, los largos mostradores no bastan á contener á las que van á comprar ricas telas de invierno acabadas de recibir de Francia. En tanto el que las ha de pagar medita mohino con la mano en la megilla acerca de los escesos del lujo, y cree hallar en aquellas costosas telas, en aquellas ricas pellizas, en aquellas cintas fabulosas, el secreto de la crisis monetaria, de las novecientas quiebras de los Estados-Unidos, de la elevacion del tipo de descuentos en todos los bancos de Europa, la baja de los valores en las bolsas, y la alza de los de las escarolas y berengenas en la plaza del mercado. Esta tendencia á elevarse á las causas originales de los fenómenos económicos, es muy propia de todos los hombres pensadores, cuando les piden dinero, y ciertamente ningun mes como el de Diciembre les presenta ocasiones para abismarse en sus por otra parte inútiles lucubraciones. La costumbre. He aquí la gran respuesta. No hay sino encogerse de hombros, y dejar que quiebren las casas y que suba el cerdo.

Pero demos un paso mas. La Navidad se acerca á pasos agigantados. La feria de los Descalzos surge como por encanto, y sus niños de usted, si los tiene, ó los agenos, si no los tiene, necesitan proveerse de pitos, de trompetillas, de matracas y de zambombas para alborotarle la casa á toda hora. Y eso si no se les antoja poner nacimiento y embadurnarle de cola y de engrudo la mejor habitacion de ella, porque entonces le obligan á usted á llevarlos á comprar el portal de Belen, y la parada de reyes, y los pastores, y las gallinas, y el ventero catalán, y el rey Herodes, y el tío Caniyitas, y los estudiantes de la tuna, y esas mil y mil cosas, en fin, que es indispensable traer á casa, si es que se ha de confingir el anhelado nacimiento, al cual se festeja la Noche Buena, dándosela á usted de perros entre panderetas, baile, coplas y fruta de sarten. Estos son los placeres domésticos, y por tanto inocentísimos, que esperan al padre de familia, mien-



tras la gente mas borrascosa ó mas suelta corre en tangos por esas calles ó se preparan á asistir á la misa del gallo.

Por fin hemos llegado al término. Poco nos queda; pero eso poco es bueno. Hablamos de los aguinaldos, los cuales tienen muchas maneras de pedirse, si bien no hay mas que una de darse. El basurero es quien por lo comun llega antes que los demás, lo cual consiste en que es el que mas madruga de todos. A las palabras de fórmula con que avisa cada dos dias desde el pátio su importante presencia, añade en Noche Buena algunas otras poco inteligibles, pero con las cuales, sin embargo, se da muy bien á entender. Ese al cabo se contenta con poca cosa. La basura no engendra vanidades.

Tras de este vienen los que traen targetitas ó décimas asesinas. Estas por lo comun no se leen, porque no hay para qué. Ya se sabe lo que dicen; y además, suponiendo que fueran buenos los versos en sí mismos, de seguro habian de parecer malos toda vez que piden, por aquello de *El Dómine Lucas*:

„Pues ya entra descomulgando
cláusula que entra pidiendo.“

En los teatros sucede lo propio, solo que allí no van las décimas á buscarle á uno, sino por el contrario es uno el que para mayor pena tiene que ir á buscar la peticion. El término de este asedio es largo. Hasta la Pascua de Reyes nadie tiene hora segura. Lo cual quiere decir que Diciembre en este particular no se contenta con treinta y un dias, sino que lleva su rastro hasta Enero. Es la estela que deja en el mar de los bolsillos.

Omitimos hablar de los pavos y de los turrone, porque cuando uno se los come, lo cual no siempre sucede por desgracia, al cabo hacen su buen papel en el estómago. Son un gasto reproductivo.

Tal es el mes que principia. Así y todo sentiremos mucho no verlo acabar.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

REVISTA DE MADRID.

Despedida. = *Salutacion.* = *Ay!* = *Filosofía forzosa.* = *Parábola.* = *Un parecer.* = *Un retrato.* = *Teatro temporal.* = *Entretiempo.* = *Cuarenta navidades.* = *Acto único.* = *Hombres de entonces.* = *Paseo atmosférico.* = *Encuentro hiperbólico.* = *No hay remedio.* = *Dia uno.* = *Madrid y los Santos.* = *Los santos, los puches, y los buñuelos.* = *S. Eugenio.* = *Comida campestre.* = *Anécdota.* = *El rey, el súbdito y un cigarro.* = *Acto serio.* = *Viático.* = *Dos reyes: el divino y el humano.* = *El arzobispo de Cuba.* = *Ocho mil mujeres.* = *Niñera aristocrática.* = *Casamiento con Dios!* = *Id. con el mundo!* = *¡Qué estacion esta!* = *La Pepa Palma.* = *Modas.* = *Esperanzas.* = *Lo que se espera.* = *Una escena de tragedia.* = *Adios.*

Ya se va el otoño!

¡Qué lástima de estacion, tan bella, tan vaga, tan melancólica!

¡Qué lástima de dias, huidos con la precision de las tiernas esperanzas de los amores!

Qué lástima! qué lástima!

Y la verdad de todo es, que nos hacemos viejos á paso de carga.

Viejos!

Pues no hay mas de lo dicho.

Hace algunos dias, me despedí de vosotras hasta el entrante mes; y hoy, al saludaros, veo con terror que el mes que con tanto ahinco aguardaba, ya pesa sobre mi existencia de una manera dolorosa.

Es decir; que ya tengo veinte y cuatro años y cinco meses.

Os ha pasado á vosotras lo mismo?

Un predicador subió un dia al púlpito.

Y empezó su sermón.

Era alusivo al Diluvio universal.

Y ya habia llegado al momento en que Dios se digna llamar al Patriarca, cuando distraido ú olvidado del verdadero tema empieza á decir:

Noé... Noé... Noé...

Entonces un oyente, viendo al pobre cura tan apurado levantar los brazos en todas direcciones, revolverse, agitarse, conmovirse, lleno de fervoroso celo, se incorpora y exclama:

—Padre cura; si no quiere venir ese, déjele y llame á otro.

Ay!

Con cuanto mas fervor no diriamos nosotros:

Señor tiempo, si no quiere V. venir, no venga: que maldito lo que le echaremos de menos.

Supongo que cuantas leéis estos renglones

sois jóvenes, hermosas y amables.

Pues bien, sea protagonista de esta escena, la que poco mas, poco menos, reuna estas cualidades:

Hermosura castiza:

Ojos de suaves prismas, como los de dos estrellas tropicales en noche de primavera.

Rostro ovalado con el blanco mate de la azucena y el sonrosado matiz de la clavellina.

La esbeltez de la palma.

El acento de un arpa en medio de una mar iluminada por la luna.

La sonrisa de las auras matinales.

El corazon de una virgen, con la voluptuosidad de una violeta coronada de rocío.

El cabello largo y tendido, como enredaderas de jazmines en misterioso jardín.

Frente serena con los púdicos matices de un reflejo de sol sobre la nevada cresta de una montaña.

Conjunto, en fin, de toda la poesía de los amores.

Tiene diez y siete años.

Está en el pleno goce de la juventud.

Pues bien, abajo el telon.

Toque el tiempo su orquesta de años y pasen cuarenta durante el entreacto.

El público espera.

Arriba la cortina.

El teatro representa un globo.

Los hombres de cuarenta años atrás, á pesar de haber fabricado caminos de hierro por bajo los mares, no dieron con el item de volar.

Pero ya se vuela.

Se han inventado fondas que se sostienen en los aires.

Al globo, al globo, grita una especie de mito con figura humana.

Dos viajeros entran.

El uno soy yo; el otro una señora.

Está amaneciendo.

Aun no he tenido tiempo de verla.

Clavileño, pues, en figura de cabeza de cebolla, emprende su escursión por los vientos.

Mi compañera es la primera que interrumpe el pavoroso paseo de los espacios.

—Jesús! y cómo inventan estos diablos de hombres!

—Diablos, señora?

—Pues no, que serán ángeles.

—Como V. guste: pero en la juventud...

—Sí; brava juventud. A fé mía, que si en mis tiempos se hubiera presentado un mequetrefe en una parte cualquiera, sin saludar á una dama.

—En todos tiempos ha pasado igual. A no ser que los de V...

—Los míos! los míos! Conocí á Isabel 2.^a

—Ah! entonces somos contemporáneos. De modo que su edad de V...

—Tengo treinta y nueve años, caballero.

—Y dónde piensa V. concluirlos ¿en Madrid?

—No, voy á Cádiz.

—Ah! es V. gaditana?

—Sí señor.

—Y en aquel tiempo ¿estaba V. por casualidad...

—Sí, caballero.

—Conocería V. entonces un periódico que publicaba un célebre literato, autor de *Coquetismo y Presuncion*, el señor Flores Arenas?

—La Moda! ya lo creo! como que en cierta ocasion un Sr. Mobellan que escribia en ella las *Revistas de Madrid*, se ocupó de mi persona.

¡Y, vaya la descripcion que hizo!

Me llamo Dolores.

En aquel momento el sol, indignado seguramente del gatuperio de que estaba siendo víctima, enarbola sus rayos y ¡zas! azota con ellos el rostro de mi anticuada viajera.

—Me estremezco.

—Es muy justo.

—Me reconoce V. acaso, caballero? me dice fijando en mi rostro una mirada de sapo moribundo.

—¡Como que soy Mobellan!

—Dios poderoso.

—Y... señora, ¿á qué mentir: cuando escribí aquella Revista tenia veinte y cuatro años y cinco meses: último dia de Noviembre del año de gracia de 1857: han pasado cuarenta años: tengo por tanto, sesenta y cuatro y algunos meses: usted rayaba en los diez y siete: conque sumados con la posible legalidad, resultan cincuenta y siete justos y cabales.

—Y parece que fué ayer!

—Como ha variado usted! Ay Dios mio! Lleva V. peluca!

—Sí, caballero, sí: y dientes postizos: y un ojo de cristal: y qué se yo que otras cosas! Maldita edad! Cuando tan entusiasmado nos hablaba V. del Otoño, diciendo que era una estacion tan tristemente bella!

—Y decia bien, señora: vea V. si no, como si hay estacion filosófica, esta lo es por completo.

Así como el viento en las tempestades, roba la hermosura á los campos, el paseo de la edad ha desvanecido la de su rostro de V.; caen las hojas, como sus ilusiones de V. calleron al frío contacto de los años: todo huye pues en esta misteriosa estacion, todo se desvanece, todo se ahuyenta, como huyen, se desvanecen y ahuyentan los años, las esperanzas, las ilusiones de la existencia.

Así pues, ya no hay remedio.

Nos hemos hecho viejos!

Dios ayude nuestra vejez.

¿Os parece bonito esto, amadísimas gaditanas en particular y lectoras amadísimas en general?

No?

Pues á mí tampoco: y así por lo tanto, pasemos á descorrer los cerrojos del mes de Noviembre.

Día uno.

Todos los Santos!

Ea, Madrid, cierra tus tiendas y vamos al avio: hoy es tu día, tu gran día: ese día que de trágico y horroroso, conviertes en repugnante arlequinada.

Son las tres de la tarde.

Las calles están inundadas de gentes, que con tardo compás, se dirige fuera de puertas con religioso silencio.

¿Y qué van á hacer fuera de puertas?

Visitar los cementerios.

Así es.

Las puertas de la eternidad humana, están abiertas de par en par.

Parecen otros tantos toneles de Danaides, que á medida que se llenan, van lanzando todo de su inmenso hueco sin fondo, como ansiosas de agotar todavía mas.

Las tumbas están cubiertas de flores.

La vanidad de los vivos se ha despojado de algunos harapos, para coronar con ellos la descarnada imájen de la muerte.

Bien hecho.

Así es como se concibe mejor la miseria humana.

La juventud, las gracias, el talento, la hermosura, la bondad, la riqueza, el crimen, la gloria, la vejez, la infancia, la senectud, todo se desentraña, todo se comenta, todo se alambica por esta inmensa turba que como los espíritus de ciertas tradiciones bailan en este día sobre las tumbas de los que fueron para turbarlas el sueño del eterno descanso.

Y efectivamente es raro, muy raro lo que en este día pasa en Madrid.

Todas las personas que tienen algun objeto amado bajo la sagrada tierra, envían su contingente, bien de medallas con las señas del finado rodeadas de siempre-vivas; bien de coronas de diversas flores; bien de inmensos ramos formando cruces; bien de urnas cinerarias semejando tumbas.

Y todo esto, acompañado de hachones, velas y blandones, que criados mandados al efecto, se encargan de avivar todo el día.

Llega, pues, la gente.

Unos leen en alta voz los epitafios, y con-

mueven al conmovirse: otros, menos curiosos, admiran la delicadeza del arte en las ofrendas; estos, contemplan sobre la fosa de diez muertos, la vanidad de los vivos: aquellos se rien ante un chiste: estos lloran ante un recuerdo: los mas, salen indiferentes: los menos entran preocupados: y como ya el día acaba y el holgorio se acerca, de aquí el que las emociones hayan quedado en los huecos de las vacías tumbas, que acaso al día siguiente vayan á ocupar.

Pero ¿quién diablos piensa en la muerte, teniendo ahí los *buches* y los *buñuelos*?

Pues no faltaba mas.

Ea, son las seis: hace frío, entremos en Madrid.

Las calles apestan á aceite.

Los gritos fraudulentos de cien viejas aturden y atruenan nuestros oídos: es fuerza comer buñuelos y masticar el *puche*.

¿Podeis calcular nada mas grosero?

Pues esto hacen aquí el día de Todos Santos, llegados de visitar los Cementerios.

En multitud de improvisados bodegones, tan sucios y feos como el objeto á que se destinan, álzanse grandes calderas de aceite hirviente, donde caen como granizo, informes círculos de tísica masa, que al punto se sacan convertidos en buñuelos, y que con un poco de yeso por encima, que no de azúcar, se sirven por libras á los infinitos consumidores que allí se apiñan.

Y mientras esto acontece en público, en privado se preparan los *puches*, manjar cuya formacion voy á explicaros, y que por cierto no van en zaga á los buñuelos.

Apenas en un gran caldero preparado al efecto empieza á romper el hervor el agua, cuando llenándolo de harina, revuelve que revuelve, no paran hasta que queda convertido todo en una masa como engrudo.

Y una vez esto, la sacan, le echan miel, la revuelven, se llenan platos y tazas, se la comen, y cádate los *puches de Todos Santos*.

Y tan de rigor es esto ó atracarse de buñuelos, que pocas, poquísimas casas habrá en Madrid donde no se dediquen las mandíbulas por algunos instantes á decir esa grotesca masa, que tanto puede llamarse buñuelos, como pergamino cocido ó berenjenas en ensalada.

En Madrid no se conocen mas que dos placeres: comer y divertirse los hombres: vestir y gastar las mugeres: todo lo demás se tiene única y exclusivamente por pura música celestial.

Y si nó el día de S. Eugenio.

¿Cómo os figurais que los madrileños santifican la fiesta?

Pues escuchad.

A dos leguas escasas de esta corte, hay un sitio perteneciente á la casa real que se llama el Pardo, y cuyas múltiples tierras están pobladas de árboles, que producen un esquisito y aristocrático manjar: la bellota.

Pues muy de mañana y con no poco holgorio, la gente asaz alegre y retozona se dirige al citado punto, donde tomando asiento, empieza á invadir los árboles, y á empapuzarse del citado manjar, lo cual, para dicho entre nosotros, no deja de ser un acto bastante peliagudo.

Y despues de bailar y comer, vuelta á casita, á dormir los efectos de la bellotil exuberancia.

Y ya que de fiestas os hablo, pasemos por un momento á la dehesa de los Carabanchales, campo inmenso situado á tres tiros de bala de Madrid; y escogido para toda clase de maniobras militares.

Una de estas últimas mañanas, el rey, acompañado de sus ayudantes, quiso inspeccionar el adelanto de las tropas; y presentándose en la dehesa, indicó su deseo de ver las maniobras: como es de suponer, estas no se hicieron esperar.

Pero hete aquí, que en uno de los descansos, se le ocurre fumar, encontrándose con que no llevaba ni un cigarro.

—Tienes alguno? dice á uno de sus ayudantes; porque estoy rabiando por fumar.

—No señor; pero lo pediré.

Y acercándose al primer oficial de artillería que hubo á la mano

—¿Tiene V. algun cigarro que darme para S. M.? le dice.

—Hombre, le contestó el interrogado; dos tenia: el uno de á real que he fumado y el otro de dos cuartos que me queda.

—Pues venga.

—Ahí vá.

Y á poco rato, el Rey saboreaba aquella prenda adquirida por ocho maravedís.

Y al otro dia, cuando ya ni recuerdo quedaba de lo del dia anterior, hé aquí que nuestro oficial recibe una magnífica petaca de oro de un gusto esquisito llena de no menos esquisitos cigarros, que el rey se dignaba enviarle como un pequeño recuerdo, y que no bajaria probablemente de tres mil reales.

Fué un verdadero regalo.

Y una muestra de atencion y afecto.

Días despues, la reina, viniendo de Atocha, ya entrada la noche, se encontró con el viático que salia de S. Sebastian.

En el acto se apea, hace ocupar al sacerdote su asiento, y detrás del coche, emprende

á pié sobre un suelo lleno de lodo, y con lo adelantado del embarazo, una especie de peregrinacion, que duró cerca de un cuarto de hora.

Mas no paró aquí.

Llegada la comitiva á la casa del enfermo, se propone llegar hasta el lecho de este; y emprendida la ascension, agota ciento y tantos escalones, penetrando por fin hasta el lugar de su propósito.

El moribundo era un pobre sargento, sumido en la indigencia; fácil es concebir el efecto que le produciria ver entrar en su albergue los dos reyes; el divino y el humano.

Acabada la augusta ceremonia, y despues de dirigir al paciente los consuelos propios de tal situacion, la comitiva, en la misma forma que al ir, efectuó su regreso hácia el templo.

Y una vez llegados, la reina volvió á ocupar su puesto en el coche y á emprender su vuelta á palacio.

Pero aun no estaba escrito que lo hiciera.

Porque á poco trecho, hallándose con otro viático, volvió á reproducir la escena anterior, y á subir segunda vez un ciento mas de escalones.

Al otro dia, los dos enfermos recibieron un recuerdo de S. M. consistente en cuatro mil reales para cada uno.

Estos rasgos propios de un alma buena, adquieren mayores quilates si se considera, fuera de la categoría, que la señora que los efectuaba, lo hacía en el último mes de su embarazo: con una noche fria y con lodo: con unas distancias grandes, y con una fatiga de subir en las dos veces mas de doscientos escalones.

A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Y ya que de esto os hablo, fácil os será suponer que una de las cosas que mas preocupan hoy la atencion pública, es el parto de la augusta señora.

Su devocion á ciertas imágenes en estas circunstancias, no tiene igual.

Especialmente á la vírgen del Olvido, sita en uno de los templos de Aranjuez.

El Padre Claret, arzobispo de Cuba, fué el encargado de traerla á la Real Cámara.

Y así lo hizo, saliendo en un tren especial y regresando con ella á las pocas horas.

El Padre Claret, es un anciano de nevada cabeza, paso tardo y cuerpo encorbado por la edad.

Sus misiones han estado concurridísimas.

Se efectuaron en la iglesia mas grande de Madrid, en Sto. Tomás.

Las primeras fueron exclusivamente para los hombres.

Las últimas para las mujeres.

A las cinco se empezaban.

A la una ya estaba casi lleno el templo.

La vez que menos, pasaron de ocho mil las que concurrieron.

Las mujeres se mueren por la novedad.

Y si no una pequeña muestra.

Dos son las amas de cria que han llegado con objeto de encargarse del régio recién nacido.

Una es asturiana, otra gallega.

¿Pues queréis creer que la asturiana en su vida se las ha visto mas gordas, puesto que es una señora tan hermosa como elegante, esposa, por apéndice, de un caballero cruzado?

Pues hé aquí como la sola *novedad*, ha sido causa de haber trocado gustosa el encaje y la seda, por el modesto, aunque vistoso traje de ama de cria.

Y por otro estilo, mientras esta busca en su nueva posicion el placer y el aparato, hé aquí como otra, despreciando aparato y placer renuncia á su posicion.

Os hablo de la Señorita D.^a Lorenza Pavia y Lacy, hermana del general Pavia, Marqués de Novaliches, religiosa ya profesada, con el nombre de Sor Manuela Ramona.

El Domingo 22, fué el dia en que tuvo lugar el acto en el monasterio de las Salesas Reales.

Después de una misa solemne, dieron principio las ceremonias de la profesion, consagrando el acto el Obispo preconizado de Salamanca, y siendo padrino los Marqueses, hermanos de la nueva religiosa.

Hubo escenas interesantes y tiernas, especialmente, cuando tendida en el suelo y cubierta con un paño negro, adornado con cruz blanca, cantó la comunidad á su alrededor el oficio de difuntos, acompañado del fúnebre toque de la campana que anunciaba su muerte para el mundo.

Concluido el acto, sirvióse en el locutorio un elegante refresco, en el cual la recién profesada, se presentó con una magnífica corona de flores blancas, emblema de su castidad.

Y mientras por este lado unas se divorcian del mundo, otras se lanzan á él con todas las esperanzas de la juventud.

Por lo pronto se han casado:

Fernando Ossorio, el actor por escelencia, el genio creador del teatro, con una señora granadina apellidada *Castilla*.

Un hermano del conde de Velle, con una sobrina del conde de Manila.

La señorita de Soliveres, con el joven diplomático Sr. Castillo.

Y están para casarse:

El hijo del finado Sr. Marqués de S. José, con la hija del senador Sr. Aldamar; el conde de Torre-Pando, con la Señorita de Sarabia; el Marqués de Torrecilla con la hija de la condesa de Corres.

(Las alhajas regaladas por el neófito á su futura, pasan de un valor de cuarenta mil duros.)

El autor de la *Pension de Venturita*, Sr. Cazorro, con la señorita Ruiz (que le lleva un millon.)

El Sr. Ventura de la Vega (se susurra) con una de las hijas del difunto conde de Casa-Flores.

Y por último; el Sr. *Mobellan*....

(Aun no ha buscado la novia; ya os avisará cuando la tenga. Se ha empeñado en que ha de ser gaditana. Allá veremos.)

Como podeis suponer, la cosa no va tan mal: puesto que tan á destajo se casa la gente.

Y es que llega el invierno.

Y el invierno ha sido, es y será el caballo de batalla de todos los placeres, de todas las diversiones, de todas las dichas, en fin, de la sociedad elegante.

En esta estacion, se ama, se juega, se baila, se cena, se vá á los teatros; se anda en coche, se patina, se hacen comedias caseras, se vé á las hermosas, se vá á las citas tapado, se tapan las que dan las citas, se vive, se goza, se dá fuego al corazon.

El invierno es el gran teatro de la mujer.

En él se tapan el cuerpo las que lo tienen feo, ó lo descubren las que lo poseen bonito.

Se muestran los piés estrechos, elegantes, aristocráticos.

Se enseñan, un dedo mas arriba del tobillo, unos bajos que dejan adivinar altos y misteriosos contornos.

Se velan bajo el tupido encaje, ojos que dieran envidia las ninfas del Olimpo, y se lanzan impunemente miradas que burlan toda la vigilancia de los celos.

Se lleva el colorete impunemente.

Se cubren las ojeras, la calvicie, las viruelas y las arrugas.

Se vá sin peinar.

En fin, se puede ir de *trapillo*.

Correr en busca de *trapillos*.

Y hacerse *trapillos* de cristianar.

Esto lo digo por las modas.

El verano es sencillo, vago, voluptuoso, como las flores, los murmullos, las alegrías que representa.

El invierno es grave, triste, severo, como la ausencia, el silencio, la melancolía que simboliza.

Así es como las modas suben de punto en esta estacion.

Y así es por lo que ya en esta corte, se ha empezado el fuego.

Fuego debido á la célebre y elegantísima actriz D.^a *Josefa Palma de Romea* que en dos distintas comedias, ha puesto en plena moda dos caprichosos abrigos, que ya usan cuantas se tienen por elegantes.

Llamábase el primero *Dálila*.

Nombre tomado del mismo drama, aunque si bien tiene la misma afinidad con él, que yo con el moro Muza.

Es abrigo de salida nocturna, especialmente de teatros.

Redúcese á un ancho alquicel blanco, ó mejor dicho, á un albornoz moruno, que cubriendo toda la falda del vestido, cae sobre los dos brazos con grandes borlas, y que merced á una capucha es accesible lo suficiente, para cubrir toda la cabeza.

El otro es una manteleta de calle, cuya descripción ha tenido la amabilidad de prometerme su autora, y que os comunicaré en la siguiente revista.

Y tras las modas, como es de suponer, vienen las diversiones.

El Conde de *Superunda* ha sido ya el primero que se ha lanzado á la palestra, inaugurando el invierno y sus salones con un magnífico baile que hizo la delicia de los concurrentes.

Tambien parece prepara otro para el día tres, en celebridad del santo de su hijo, el Duque de Granada, el Conde del Real, casado recientemente con la *Maravillas Olazabal*, una de las maravillas que en elegancia y talento encerraba la alta sociedad madrileña.

Valúase en dos millones el gasto que ha hecho en su palacio en adornos solamente, aunque si bien con la especial circunstancia de haber logrado que todo fuera obra de artistas españoles.

Aunque no fuera por otra cosa, por esto solamente merece todos los plácemes posibles.

Ojalá hicieran todos otro tanto!

Y es que el lujo se va despertando de día en día de una manera lastimosa.

Entrais en una casa de la aristocracia, en casa del general Pezuela por ejemplo; y allí desde el salon de techo tallado y paredes y sillerías de cuero de Rusia, hasta el modesto gabinete de paredes arrasadas y esterado suelo: desde el espejo de Venecia á las curiosas cristalizaciones de la Granja: desde el magnífico candelabro de riquísimos adornos, al pequeño candelero de severas formas, todo lo veis, todo os facina, todo os conmueve, al pen-

sar en la espléndida vida proporcionada por tan opulenta voluptuosidad.

Y lo mismo sucede con los trages.

Las mugeres ya no saben qué ponerse.

Han agotado todos los recursos del arte: todos los caprichos de la moda: toda la esplendidez de la elegancia.

Así es como en vestidos, en adornos, en peinados, la revolucion se ha hecho completa.

Privan uno que otro trage, como por ejemplo, el vestido de dos grandes faldas: uno que otro adherente: como la plena sencillez en la cabeza: pero esto no es nada, absolutamente nada, comparado con los mil ridículos dijes que á cada paso inventan ó resucitan.

Mejor: es el modo de llegar mas pronto á la sencillez.

Sobre todo, para cuando se piensan apurar todos los recursos del capricho, es para las fiestas reales, caso de que el recién nacido sea varon.

Se habla con variedad de la profusion de diversiones; de los bailes, de las fiestas que tanto el Ayuntamiento como la casa real, darán en obsequio al regio vástago.

Eso sí; como sea holgorio y recreo, no busqueis gente para ello; que aquí están los madrileños, que se olvidan de comer por contemplar una estrella con rabo: ó una nube negra, ó todo cuanto carezca de sentido comun.

Dícese que habrá torneos á la usanza de la edad media: juego de cañas y suertes de agilidad y destreza.

De bailes nada digamos: hace dos meses que han empezado ya los públicos; conque calcular si habrá furor por disfrutar de los privados.

Esta gente por bailar, bailaria sobre la punta de una lanza.

Es gente asaz alegre y retozona.

¿Cómo se comprenderia sinó, el atracon *belotuno* del día de S. Eugenio?

Pero hé aquí convertidas ya las suposiciones en realidades.

La Reina ha salido de su cuidado: el 28 á las diez y cuarto de la noche se nos comunicó la noticia con cincuenta cañonazos; en el acto se iluminaron los teatros y edificios públicos, y la gente inundó las calles como por encanto.

Hasta el momento de cerrar esta Revista, nada ha sucedido; pero se prepara un mes delicioso, segun lo mucho que se habla.

Todo os lo comunicaré.

En tanto no faltan desgracias.

Viniendo un tren por entre Quero y Alcázar á toda velocidad, se abrió una portezuela de un carruage de segunda clase, donde se hallaba recostada una ama de cria con la cria-

tura en brazos, que fué arrojada por el impulso con niño y todo, á una gran distancia.

La madre, que iba con ellos, apenas vió la catástrofe, se lanzó á la portezuela para arrojarse tambien; pero gracias á haber sido detenida por el vestido, la escena no pasó adelante.

Sin embargo, parado el tren, se corrió al lugar de la aventura, encontrándose en él á la pobre ama tendida y sin conocimiento, y al niño entre sus brazos, á quien por lo visto tuvo el suficiente valor para no soltar.

Pero hé aquí el milagro.

El ama no tenia ni una lesion; y el niño estaba tan alegre y contento, como si se hubiera sentado en un lecho de flores.

Solo los que conocen lo que es la velocidad de un tren que vá andando ocho leguas por hora, podrán calcular la milagrosa y estupenda ventura de las dos personas caidas de espaldas desde un coche de segunda clase, fuera de la vía general.

En fin, hoy por hoy, nada mas ocurre que contaros: la coronada villa empieza su convalecencia veraniega, y no habrá otro remedio que esperar á que se anime, para participaros sus estupendas alegrías.

Por lo pronto, ya sabeis las que mas la dominan. Los puches y las bellotas.

Dios los tenga de su mano.

SEBASTIAN DE MOBELLAN.

CORRESPONDENCIA.

Sra. D^a C. de Ch.: *Sevilla*.—Queda renovada su suscripcion por Diciembre.

S. D. F. de R.: *Granada*.—Le fueron enviados los números 9 y 45.

Sra. D^a G. M.: *Vitoria*.—El regalo que le era respectivo por su suscripcion del presente año fué puesto en Correo en 28 de Noviembre último.

S. D. B. R.: *Vitoria*.—Queda suscrita la Sra. D^a T. B. de Bilbao, y cargado á V. en cuenta su importe.

El regalo de la Sra. D^a G. M. fué enviado en la fecha que espresa el párrafo anterior.

S. D. M. C.: *Sevilla*.—Se ha renovado la suscri-

cion de la Sra. D^a L. G. habiéndose recibido los sellos de franqueo que incluyó V.

S. D. B. L.: *Granada*.—Aun cuando el corresponsal de LA MODA en esa no ha dado aviso del abono que V. dice haberle hecho, se le ha renovado á V. su suscripcion por 3 meses desde 1^o de Noviembre y remitiéndole los números respectivos. Suplicamos á V. se acerque á dicho comisionado manifestándole que su olvido da lugar á reclamaciones que á la Empresa les son muy desagradables.

SUMARIO.—*La Moda.*—*La mujer, estudios morales por Doña María del Pilar Sinués de Marco.*—*La pluma, poesía de D. Victoriano Martinez Muller.*—*Un paseo al desierto, por D. Félix Talegon de Santiago.*—*Letrilla, por D. Victoriano Martinez Muller.*—*Las siete virtudes capitales, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*—*A la memoria de la Señorita Doña Aurelia Diaz Tezanos, poesía, remitido.*—*Modas de París, por la Vizcondesa de Renneville.*—*Esplicacion de los figurines.*—*Idem de la hoja doble de patrones.*—*Las dos Marias, traducción de Doña Robustiana Armiño de Cuesta.*—*El mes de Diciembre, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Revista de Madrid, por D. Sebastian de Mobellan.*

LAMINAS.—*Figurin doble con vestidos de invierno para señoras.*—*Dicho sencillo para niños.* (*)—*Dibujo de tapicería en colores.*—*Hoja doble de patrones y bordados.*

(*) No damos esplicacion del figurin de vestidos para niños, en razon á que no existe verdadera moda en los colores y clases de telas que se deben usar; pues esto queda al buen gusto de las Señoras.

Solucion del geroglífico anterior.

La vida es un mar que cruzamos con trabajo y averías.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

